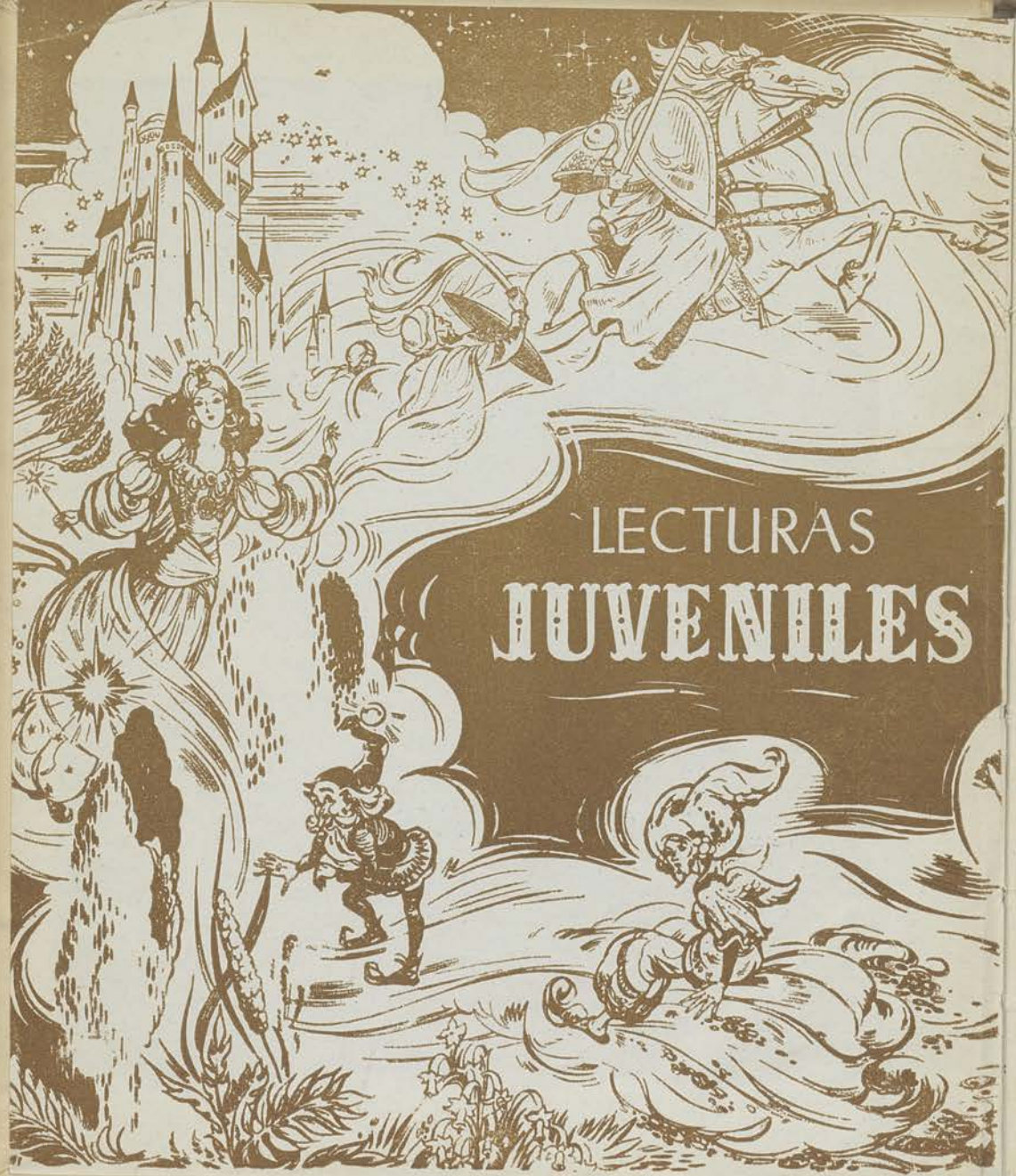
HISTORIAS Y LEYENDAS ESPAÑOLAS

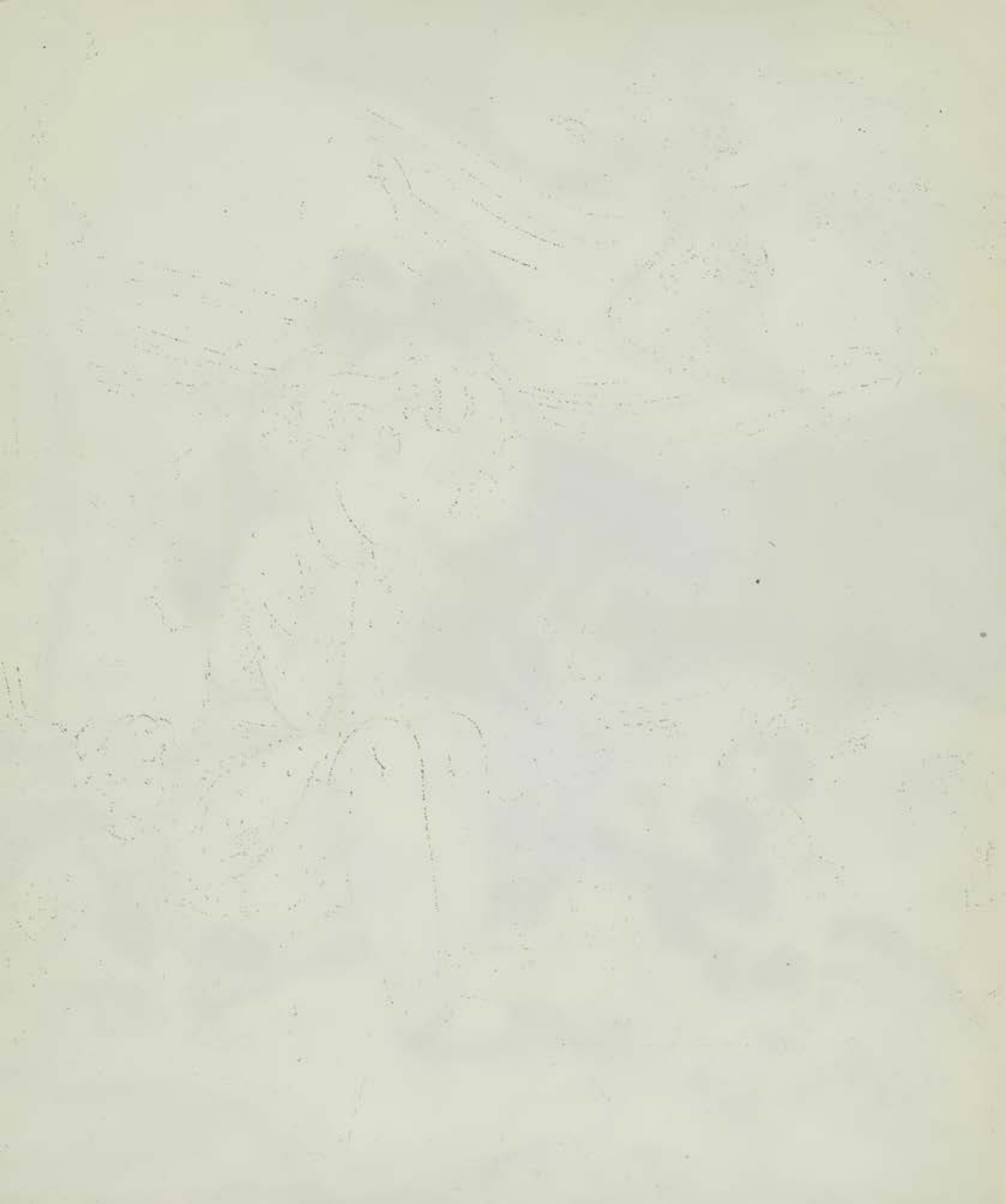
EL CORREO MAYOR

VIDA Y MUERTE DEL CONDE DE VILLAMEDIANA

M. AGUILAR EDITOR


LECTURAS
JUVENILES

M. AGUILAR · EDITOR



HISTORIAS Y LEYENDAS ESPAÑOLAS

EL CORREO MAYOR

e x
l i b r i s

Carmen Bravo-Villasante

UNIVERSIDAD DE CASTILLA-LA MANCHA
Biblioteca General del Campus de Cuenca
Registro: 51.098 *Signatura:* BV-U N-1 2AR-LOT

4048004

BV 3664

HISTORIAS Y LEYENDAS ESPAÑOLAS

CONCHA DE SALAMANCA

EL CORREO MAYOR

(VIDA Y MUERTE DEL CONDE DE VILLAMEDIANA)

Ilustraciones de Zaragüeta

UNIVERSIDAD DE CASTILLA LA MANCHA
BIBLIOTECA GENERAL CUENCA

M. AGUILAR - EDITOR
MADRID

Reservados todos los derechos.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

Impreso en España. Printed in Spain.

IMPRENTA SOLER.—BERNARDINO OBREGÓN, 14.—MADRID.

I.—EL LINAJE DE LOS TASSIS

Los Torres, Torrianos o Turrianos son familia muy ilustre, cuyo origen se eleva a los tiempos del arzobispo San Ambrosio de Milán. Aquí, en esta villa, el santo prelado les encomendó la defensa de una *torre*. De ésta nace el nombre del linaje, pues en ella habitaron hasta llegar a poseerla en señorío. Allá por el siglo XIII, un individuo de esta sangre pasa con otros hermanos suyos al Bergamasco, en la Lombardía, donde ocupan el valle de Cornelio, siendo señores de él durante algún tiempo. En este territorio se yergue la montaña del Tasso (tejón), poblada entonces abundantemente por tal plantígrado carnicero. Grande afición sienten por la caza aquellos hermanos. Y cuéntase que el primogénito colocó en su escudo de armas un *tasso*. De aquí tomó el linaje el nombre de *Tassis*, y así fué llamado en adelante, por los siglos de los siglos.

Después, la familia pasa a vivir a Bérgamo. Uno de los descendientes —Rugero— se traslada a Alemania, invitado por el Emperador Federico III, quien le hace gentilhom-

El Correo Mayor.

bre de su cámara y también montero mayor, por ser muy versado en asuntos venatorios.

Otro descendiente ilustre de los Tassis es Francisco el joven, que sirvió a Maximiliano, el cual, en recompensa de los méritos de sus antepasados y de los propios, le confirió el cargo de Correo Mayor de todos los reinos y dominios del Imperio y los demás que se conquistaren. Era un cargo de gran autoridad e importancia, además de lucrativo. Sin hijos, a su muerte dejó ordenado que viniesen de Bérgamo sus tres sobrinos: Juan Bautista, Mateo y Simón. Nombró al primero Correo Mayor para los estados de

Cap. I

El linaje de los Tassis.

Flandes, al segundo para los de España y al último para los de Italia. Los tres fueron muy estimados por el Emperador Carlos V, dándoles carta de naturaleza en España, y les confirmó en los empleos de *Maestres de Hostes y Postas* en todos los dominios de su soberanía, haciendo a Juan Bautista jefe de los demás. Los Tassis poseen el monopolio del servicio en la Península, Roma, Nápoles, etcétera. Nadie podía tener, sin consentimiento de la familia, caballos ni postas. Muchos miles de ducados, por otra parte, reciben del Emperador. Y Juan Bautista de Tassis es autorizado por éste a añadir el águila bicéfala a su escudo. Juan Bautista deja en Flandes once hijos legítimos, siendo todos ellos Correos Mayores en Amberes, Nápoles, Roma, Augusta... Raimundo, el mayor, viene

El Correo Mayor.

a España, casando con doña Catalina de Acuña, descendiente de los Condes de Buendía. A su fallecimiento, le heredan don Juan, don Felipe, que fué inquisidor, comisario de Cruzada, obispo de Palencia y, por último, arzobispo de Granada; don Pedro, militar, veedor general de la Armada, que fué a las Terceras sublevadas, y, finalmente, maestre de campo en las campañas de Flandes; doña Marina, que casó con don Pedro Vélez de Guevara, señor de Salinillas, y doña Angela.

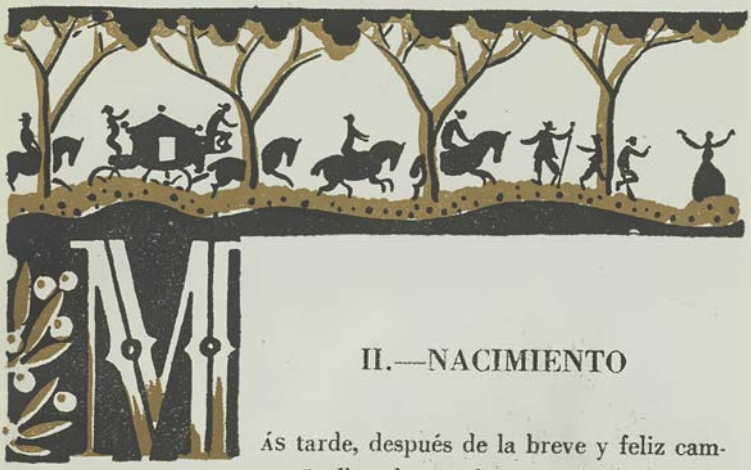
Don Juan de Tassis y Acuña, caballero del hábito de Santiago, nació en Valladolid. Pasó sus primeros años en la villa de Dueñas, con doña Catalina, su madre, en la casa de sus abuelos los Condes de Buendía, y de allí entró en Palacio al servicio de Don Carlos, hijo de Felipe II. Estuvo en la guerra de Granada, donde le mataron los moros su caballo, regalo de Don Juan de Austria. Acompañó al Rey Don Felipe a Portugal con gran esplendor, especialmente en caballos, «que si no en número, en calidad excedían a los mismos del Rey». «Fué caballero de grande opinión por su espada, y así tenía grandes heridas en el rostro, sacadas en dos desafíos, los más señalados y bien combatidos que hubo en su tiempo; y, en fin, de cinco veces que estuvo en duelo, salió siempre gloriosamente, y en otras muchas ocasiones mostró el valor de su persona.»

Cuando entró a reinar Felipe III, era embajador en París.

Este monarca le dió la llave dorada y el título, que se hizo célebre, de Conde de Villamediana, cuando fué en embajada extraordinaria ante Jacobo, rey de Inglaterra, donde permaneció casi dos años, haciéndose notar por el lujo y ostentación que desplegó, enviando al Rey y a algunos particulares más de doscientos caballos de aquel país.

Estuvo casado con doña María Peralta Muñatones, hija de don Antonio Peralta, Caballero de Santiago, Comendador de Carricosa, y de doña Casilda Muñatones, su mujer, que descendía de los Condes de Falces.

En 1607 falleció este caballero, siendo sepultado en la capilla mayor del Convento de San Agustín, de Valladolid, que era de patronato de su familia. De su matrimonio no tuvo más hijos que a don Juan de Tassis y Peralta, segundo Conde de Villamediana. Pero dejó tres naturales: otro don Juan, que murió de un arcabuzazo en el socorro de París, al lado del Duque de Parma; don Felipe, abad general de la Orden de San Bernardo, y doña María, monja en Santo Domingo el Real, de Madrid.



II.—NACIMIENTO

Más tarde, después de la breve y feliz campaña llevada a cabo por el famoso Duque de Alba sobre el territorio lusitano, y que tuvo por consecuencia el total sometimiento de éste al poder del Rey de España, marchó Felipe II a tomar posesión del nuevo Estado y coronarse por su monarca en Lisboa.

En virtud de su oficio de Correo Mayor, acompañaba al soberano, en la triunfal jornada, el caballero don Juan de Tassis, quien llevaba consigo a su esposa doña María.

Coches, literas, carrozas, mulas de silla, acémilas y palafrenes habían transportado los bagajes y conducido a la brillante comitiva real a través de las tierras castellanas y extremeñas hasta llegar a las lusas, rientes y llenas de verdor delicado. ¡Fastuoso séquito el del Rey Don Felipe!

Durante la permanencia en la corte de Lisboa dió a luz aquella dama española un hijo hermosísimo. Corría el año 1582. Este niño ha de ser nuestro héroe.

El Correo Mayor.

Lástima que sus ojos —¿azules, grises, pardos, ámbar...?— no contemplasen, de tan tiernos y niños, el Mar de la Paja, el Mar de los Navegantes lusitanos! ¡Qué sabían ellos de la gran epopeya náutica! Las claras olas que ellos conocían únicamente, eran las holandas que los acunaban, los encajes susurrantes derramándose por las manitas... ¡Resplandor del lino y de la seda, no de la espuma atlántica! Juan de Tassis también se llama, como su padre. Y, como él, también será Correo Mayor.

Si Portugal, casualmente, le dió el cielo y la tierra de nacimiento, sangre española, con alguna raíz italiana del monte Tasso, engendró a este niño. Por su primogenitura, segundo Conde de Villamediana era.

En su blasón, el águila bicéfala desplegaba su vuelo altísimo sobre una elevada montaña. ¿Imagen de su vida?

Al año siguiente, el Rey regresa a Madrid, y con él vuelven los señores de Tassis. El heredero del noble linaje se les aduerme en los brazos mimosos. Por un puro azar, el niño había ido a nacerles fuera de España.

—Aunque verdad es que la tierra portuguesa es ahora patrimonio español, por obra y gracia de nuestro Rey y Señor Don Felipe —comentaba el Correo Mayor don Juan de Tassis, ya padre venturoso.

—Nuestro pequeño sale de Portugal sin haber pronuncia-

do aún su primera palabra, sin haberla siquiera balbucido —decía doña María Peralta en la carroza que la reintegraba a su patria.

* * *

¿Cómo transcurren los primeros años de esta criatura? A la pregunta sólo cabe oponer esta respuesta: en esa oscuridad en que germinan las semillas y las estrellas, todas las infancias. Ni hojas todavía, ni luz en lo alto. Una lenta eclosión hacia arriba, sin atisbos o resquicios por donde sea posible ver un poco de incandescencia, un bullir de sangre primigenia, una aurora diminuta.

Era el mismo niño que hemos sido todos. Hartos, rollizos, hambrientos, delgaduchos, han sido todos un mismo niño, des-

puntando en varias caras. El mismo hálito maternal les dió vida, aire, cielo. Idénticas telas de lino, bordadas o sencillas, les envolvieron la rosa transparente de la piel, el lácteo balbucir, el inocente manoteo...

La cuna de Juan es la verde llanura lusitana, pero la sangre le llega de Castilla —¡la planicie junto al pecho de Dios!—, y aun de Italia, con celajes de Flandes. ¡Varias lejanías posadas en una sola mano! ¡Un mismo vientre dilatado y anchuroso! ¡Unos mismos aires inmortales!

Su voz es todavía un puro vagido, como saliendo, indefenso, de las entrañas del orbe. Llora, pero las cosas le sonríen. Hasta la piedra, al verle, se traspasa de sonrisa. Y esta luz que le rodea, espanta las sombras que amenazan raptarle desde un abismo desconocido.

Mientras, el pequeño Tassis no cesa de vivir, de crecer microscópicamente, de moverse, en un alba de sueño ininterrumpido. ¿Luz prestada, claror mortal de luna, en el dormir constante? ¿Luz por la sombra? ¿Evocación de lo que vendrá, sin llegar siquiera a concretarse? ¿Murmullo de un secreto existencial? ¿Relámpago que serpentea? ¿Paisaje sin una hoja verde, sin una avecilla? ¿Luto, polvo, ceniza, fuego, gotas de agua? ¿Desconocida sustancia ondulante? ¿Olas huidizas, mas olas huidiazs en metamorfosis? ¿No se ve nada? ¿Se presiente todo? ¿Sólo basta surgir? ¿Sólo basta un ligero impulso? ¿Sólo es necesario un soplo del céfiro?

No saben los hombres qué transcurre por la vida de un recién nacido. Los pájaros, sin embargo, sí, pero lo callan. El aire suspende la respiración para escuchar la de los niños

en sus cunas. Y sobre todas las cosas se cierne un silencio extraño, en espera.

Todo aguarda. La Gestación devana su misterio, no en el vientre de la Madre, sino en sus brazos dulcísimos o en el calor primigenio que le brota del seno.

III.—CRIANZA Y EDUCACION

RÍASE don Juan en Palacio. Su elevada cuna y los empleos de su familia le tienen en constante comunicación con las personas reales. Tranquilos se deslizan los días de su infancia en medio de la riqueza y del bienestar. Cáptase prontamente la simpatía y aprecio del Rey, y aun la amistad del Príncipe don Felipe: es un niño gallardo y precoz, que promete un brillante ingenio y una grande inteligencia. Los pasatiempos cortesanos no distraen por entero su atención, pues se dedica también a adquirir conocimientos y saber. Va adquiriendo una educación científica y literaria. No es que pretenda ser un sabio, sino, únicamente, un hombre ilustrado, de ameno y agradable conversar. Es aún doncelillo, y ya desea gozar de altísima importancia y concepto entre las personas de la corte.

Sus mentores son ilustres sabios: uno es el famoso humanista Bartolomé Jiménez Patón; el otro, el Licenciado Luis Tribaldos de Toledo. El primero le da enseñanza de lenguas muertas y vivas, retórica, dialéctica; en suma, todo lo que com-

pendia el estudio de las Humanidades. El Licenciado Tribaldos de Toledo, primer editor de las obras del divino Francisco de Figueroa, impone al doncel don Juan en el conocimiento de los antiguos escritores castellanos, inspirándole al mismo tiempo afición y gusto por la bella poesía, suave néctar de la vida y bálsamo consolador de las heridas del alma.

Su padre, el Correo Mayor, estima que debe acudir a la Universidad para acabar de educarse, y elige para él la de Alcalá de Henares, tan cerca de la corte. Padre y madre le acompañan en la lujosa carroza. Aquél le aprieta la mano; ella recuesta la cabeza del hijo sobre el pecho. Juan ha de sentir aún el suave tintineo de los zarcillos, cifras, collares y el espejo colgante de su madre, cerca de sus sienes, a los vaivenes del coche que no para, que sigue y sigue hacia la Universidad cisneriana. Y un olor a *almizcle* o a *agua de los ángeles* se le queda prendido en la guedeja.

Como no ha de seguir ninguna de las carreras que allí se enseñan, pronto abandona Alcalá de Henares y vuelve al seno de su familia.

¡Qué alegría en los ojos y labios de doña María Peralta! ¡Qué azacaneo y dar órdenes para homenajear al primogénito que retorna!

—Agua de naranja, de fresa, de canela, bebida imperial. ¡Preparad el agua de nieve con panales!

* * *

En 1598 fallece en El Escorial el Rey Don Felipe II. Al año siguiente, cuando su hijo y sucesor va a Valencia a contraer matrimonio con Doña Margarita de Austria, al mismo tiempo que su hermana, la Infanta Isabel

El Correo Mayor.

Clara Eugenia con el Archiduque Alberto, los principales caballeros de la corte acompañan a Su Majestad. El Correo Mayor, don Juan de Tassis, no pudiendo asistir por estar de embajador en París, da plenos poderes a su hijo para que represente dignamente su casa en esta jornada memorable.

Y a Valencia del Cid va el joven Tassis, que es ya un gentil mancebo, a pesar de sus diecisiete años. Viste su mejor jubón de nesgas, con mangas de dos colores, con alamares, pasamanos y botonaduras de plata; su airosa capa o tudesquilla, su gorra con garzotas y cintillo de diamantes, su mejor rizada lechuguilla, sus medias de rodilleras con aparatosas *atapiernas*...

Pasa por Vicálvaro, Vaciamadrid, San Martín de la Vega, Aranjuez, Albacete, Almansa, Játiva...

—¡El mar! ¡El mar! —exclama su pecho juvenil, res-

pirando a pleno pulmón la brisa mediterránea. Un olor a peces se le adhiere al juboncillo, a la airosa garzota de la gorra. Mas hay que volver las espaldas a las naos y bajeles: los festejos reales exigen la presencia y el entusiasmo.

Más que notables son las fiestas que se celebran. El fausto motivo de los esponsales convoca la alegría sobre la ciudad del Cid. Loas a la Reina y a la Archiduquesa. Vivas al Rey. Luminarias, danzas y banquetes.

El joven caballero Tassis y Peralta sabe distinguirse en tan solemne ocasión, entre tanta grandeza y boato.

Su conducta debe de agradar al Rey, pues éste ha dicho:

—He de nombrarle gentilhombre de mi casa y boca.

Regresa, al fin, la corte a la capital. Don Felipe se adelanta al cortejo: quiere presenciar en un sitio retirado la entrada de la Reina.

El Correo Mayor.

—Don Juan de Tassis, a vuestra casa quiero ir —pide al hijo del Correo Mayor.

—¡Seréis bien venido a mi pobre morada, Majestad! —responde el joven.

En la calle Mayor está la casa de los Condes de Villamediana. Sobre el alto portal, el escudo. A ambos lados de aquél, rejas voladizas, balcones y ventanas. Los pies reales suben la escalera que conduce al recibimiento; los escuderos, pajes y gentileshombres de la casa han dejado sus escaños para hacer reverencia ante el Rey. Don Felipe III se asoma recatadamente a la ventana del primer *estrado*, en donde hay tapices de Flandes y Londres, una gran alfombra turca, sillas de terciopelo carmesí y un brasero de plata sin lumbre...

La calle bulle de gentío, hierve de entusiasmo.

—¡Viva la Reina Doña Margarita! —grita la muchedumbre.

—¿Por qué no viene el Rey con ella? —pregunta susurrando algún curioso a su vecino.

—De incógnito vendrá seguramente —comenta otro espectador.

Pasa el cortejo ante la casa del Correo Mayor. Aunque el Rey procura recatarse, Doña Margarita alcanza a verle. La Reina de quince años le saluda brevemente con la mano.

El pueblo, entonces, descubre al Soberano y le aclama.

—¡Viva el Rey Don Felipe III!

—¡Viva Su Majestad!

Y la mañana madrileña amplifica los gritos y recoge el entusiasmo popular, en tanto que las gorras, cubiletes o monteras se agitan en el aire, bajo los balcones del palacio de Villamediana, en honor del tercer Felipe de las Españas.

Don Juan de Tassis sonríe al júbilo que se abre a sus pies, desde rojas gargantas y luminosos ojos fanatizados. No hay ironía en su sonrisa. También él cree en el Rey.

¡Pluguiera al cielo que no se equivocasen! Pero...

IV.—¿AMOR?

UESTRO don Juan se ha lanzado al «gran mundo». Ocupa una posición social brillante. Es joven, de arrogante figura, rico, amador de las letras y poeta de alguna inspiración. Comienza, por tanto, a atraer sobre sí las miradas de la gente palaciega. Además, su carácter fogoso y acaso excéntrico empieza a insinuarse... Se le sabe capaz de pasiones violentísimas. ¿Subyugará a éstas toda su vida? ¿No es fácil que sea su víctima finalmente?

¡La antorcha se enciende en pleno azul del mediodía! Es un resplandor maravilloso, precipitado desde las alturas, y un grito incandescente:

—¡Amor!

—¿Amor? —se pregunta el joven Tassis—. ¿Es el relámpago instantáneo que deslumbra y lanza por tierra? ¿Es el amor, es mi amor esta doña Magdalena de Guzmán, hija del señor de Villaverde, Comendador de Estremera y Trece de la Orden de Santiago? ¿Es ella la voz celeste?

Pero la voz responde:

El Correo Mayor.

—Yo soy viuda. Estuve casada con don Martín Cortés de Monroy, hijo del gran conquistador de Méjico y segundo Marqués del Valle de Oaxaca. Por ese tiempo gozaba de gran influencia en Palacio. Cuando la Reina Doña Isabel de la Paz se sintió encinta, me nombró aya del hijo o hija que naciese, dándome habitación en su Real Casa y libre comunicación con su real persona. Y fuí aya de la Infanta Ana Mauricia. Pero no me sostuve demasiado tiempo en el cargo. A los dos años fuí desposeída... Y vos sois mozo, don Juan de Tassis; yo, por mi mal, demasiado vieja...

El hijo del Correo Mayor empieza a querer ver, mas está como ciego o deslumbrado.

—No veo nada, no veo nada.

Una oscuridad le abisma, una fiebre le alucina.

—¿Delante de mí, un perfil de ángel? ¿Es doña Magdalena de Guzmán? ¿O no es nadie?

Se siente como extenuado por el peso de aquella sombra que le persigue. Le duele la cabeza, en las sienes mismas. Quería huir, libertarse de aquel peso envolvente, de

aquel andar a ciegas...

Ciertos personajes fantásticos rodean su lecho: remordimientos, esperanzas, labios de mujer, un fuego del cielo que le quema en los ojos, amor, pasión, locura, círculos alucinantes...

Cap. IV

¿Amor?

Juan asiste a su primera tragedia interior, en plena edad juvenil, cuando una voz de afuera le habla. Apenas sabe cómo puede oírla. Apenas infiere que es de este mundo, que es un ser vivo como él...

—Doña Magdalena no

es el amor, Juan. No lleva trenza estrellada, ni tiene pies de rosa, ni perfume de juventud. No es un ángel, ni un resplandor... Es una mujer vieja...

El mancebo va recobrándose, volviendo a su centro. Empieza a ver claro, a distinguir la sombra de la luz, la realidad de la mentira... Ha vencido la primera crisis de su vida. Ya está casi sano y salvo, curado de un falso amor. Parece, ahora, que nada le haya sucedido.

—¿Qué quedó de la catarata de luz que se despeñaba del cielo? —se pregunta con insistencia.

Juan está solo, sin murmullo de céfiros. La silueta de doña Magdalena se perdió en la oscuridad del pasado, de lo que nunca volverá. La sombra lo devora todo.

Aquel primer amor ha sido como una llaga en la frente y en el espíritu, abierta por el primer relámpago. Parecía una llaga incurable, mas ahora es una cosa inerte, olvidada. Quisiera traducirse en risa, en ironía; pero más vale entregarse de nuevo a la Vida, que espera con los brazos abiertos y el corazón palpitante:

No pierda más quien ha perdido tanto.

V.—LA ESPOSA

POR altas razones de economía y de política, aunque nadie puede averiguar cuáles son, el poderoso privado, ya Duque de Lerma, recelando las elevadas influencias de un convento de Madrid al menoscabar su favor, hace que el Rey traslade la corte a Valladolid «la rica». Empieza el año 1601. Y a la nueva capital, con los demás cortesanos, acude nuestro don Juan.

Allí quiere aumentar la nobleza de su casa: piensa en un casamiento ventajoso... Sus pretensiones deben de ser extremadas, pues no alcanza éxito alguno. El, aunque de familia ilustre, no podía aspirar a la mano de las más altas damas de Palacio... No le es posible sustentar aún ningún título nobiliario.

La ciudad le parece maldita, pero la desconoce. Desconoce los rostros y las casas, máscaras de piedra y de carne. Se siente extranjero, desengañado. Sus fracasos amorosos —matrimoniales, mejor dicho— le enferman el ánimo siniestramente, le amargan la palabra, el verso y el ademán.

En las calles estrechas y tortuosas, el aire, para él, es casi irrespirable, denso de trágicas pasiones, acre de pólvora; una centella de fuego y todo explotará. Se aisla; divaga por la Plaza del Ochavo, La Platería, el Campo, el Espolón y el Prado de la Magdalena, bosque de álamos regado por el Esgueva. Le domina el sufrimiento del orgullo herido: no hallar esposa entre las damas de los más altos linajes significa para él la mayor humillación que pueda recibirse.

Juan encuentra, por fin, en la calle, a un antiguo amigo de Madrid, condiscípulo de estudios bajo la dirección de Tribaldos de Toledo. El amigo es hombre de su estirpe. Y es a este caballero a quien confía los acontecimientos de su vida.

—Tal es mi drama —concluye por último.

El amigo, que sabe distinguir la buena moneda de la falsa, le oye y le aconseja:

—No es un drama, Juan, sino vanidad y orgullo. Aun debes insistir, créeme. Ya encontrarás digna esposa, hombre. Vuelve a Palacio. Hay en él una doña Ana de Mendoza...

Y el amigo se aleja con una perfecta limpidez en los ojos. El alma de don Juan de Tassis recibe esta luz y la devuelve intacta a los cielos: se ha limpiado de vanidad. Una sonrisa vuelve a dibujarse en sus labios resecos.

—Una doña Ana de Mendoza... Está bien... Preguntaré por ella —dice en diálogo consigo mismo. Y una figura mal dibujada, imprecisa, ilusoria, empieza a rondarle los pasos, al caer la tarde.

Y esta ausencia de doña Ana de Mendoza le es más clara que la presencia. La sabe ya su esposa; se le revelan sus encantos, como si gozara de una realidad. Su imaginación se exalta. Doña Ana se le aparece en una evidencia esplendorosa.

Cap. V

La esposa.

El Correo Mayor.

Juan la contempla atónito, casi cercana, presente, al alcance de la mano.

Sus botas pisan con firmeza los guijarros de las calles que conducen al palacio del Duque de Benavente, residencia de los Reyes. Su corazón va tranquilo en busca de la novia. Sus mejillas no arden, más bien están pálidas.

Hállala, al fin, vistiendo un traje color *verdugado*; arandelas de filigrana sostienen la gorguera bien erguida.

—No está mal —se dice don Juan de Tassis—. Y es hija segunda de don Enrique de Mendoza y Aragón, quinto nieto del Marqués de Santillana, el famoso poeta. No está mal su linaje. ¡Ojalá quiera ser madre de mis hijos!

Doña Ana de Mendoza y de la Cerda no le desdeña, sino que le acepta como esposo. Dentro de algunos meses se verificará el matrimonio. El Correo Mayor señala al hijo una renta de 24.000 ducados. Cuando el joven le da la noticia de sus bodas, aquél le responde:

—Si el matrimonio no es ventajoso para ti por razón de intereses, no puede decirse lo mismo por lo ilustre y esclarecido de la sangre que corre por las venas de tu prometida.

—Razón tenéis, padre mío. Y alegre estoy, porque contento quedáis de tales nupcias, y las aprobáis —contesta, finalmente, el heredero de los Tassis.

* * *

Y en la casa, doña Ana se le vuelve esencial; casi no se distingue de su ser. Ella y él respiran el mismo aire, ocupan el mismo espacio y una sola conciencia les eleva por encima de las cosas. Doña Ana se dice, cuando él está fuera:

—Yo vivo, pero no soy yo la que vive: es Juan quien vive en mí.

Lee los versos de Juan, se extasía ante aquellas palabras inspiradas. Hablan de amor... ¿Es ella este amor? ¿Se corporiza en ella ese bello an-

siar? Doña Ana de Mendoza sueña, porque quien no sueña está muerto. Es preciso que esos versos le pertenezcan.

—¡Quiero ser yo, y nadie más que yo! —delira la joven esposa.

Pero en el alma de don Juan de Tassis, el pasado y el futuro, la sombra y la luz, se mezclan, se renuevan, se espectralizan como en un crepúsculo. El alma de don Juan es varia, multiforme, ansiosa, creadora y acaso tremenda.

Sin embargo, nada sospecha doña Ana. Y no ha visto unos papeles en que el marido satiriza a personajes de la corte, al propio Duque de Lerma... Están llenos de ironía violenta, de verdad terrible. No los ha descubierto aún doña Ana, no puede siquiera presentirlos: espera un hijo.

—¡Que no malogre Dios la descendencia de los Condes de Villamediana! —suplica fervientemente en sus oraciones, bien sea en alguna iglesia, vistiendo la *nazarena*, el indumento devoto, bien sea en el pequeño oratorio de su palacio.

Mas el cielo malograría los hijos de Ana y de Juan, en plena niñez.

VI.—HEREDAMIENTO

VALLADOLID honraba a su Rey, le entretenía organizando fiestas de toros y de cañas, banquetes y saraos, buscando el dinero para costear tales agasajos en continuos préstamos. El nacimiento de la Infanta Ana y del Príncipe Felipe, así como la llegada del embajador inglés Howard, se celebran con gran brillantez. Es un continuo derroche de esplendor, al mismo tiempo que de ducados. Mas todo termina, en 1606, con una nueva genialidad del Rey: Felipe III toma el camino de Madrid, ante la tentadora promesa de miles y miles de maravedises... Y don Francisco de Sandoval y Rojas, valido del Monarca, deshace su sueño de residir en la antigua ciudad que fué corte del Emperador Carlos V. El Duque de Lerma deja de ser regidor de Valladolid «la muy rica» y abandona su palacio, construído a expensas de los vallisoletanos...

* * *

Los servicios que el padre de nuestro poeta presta al Soberano, ya como embajador en París o bien como negociador en Inglaterra, aumentan la importancia de la casa de los Condes de Villamediana. Mas, ¡ay!, en 1607 muere el ilustre diplomático, dejando su hacienda bastante mal parada, con una carga censual de 25.000 ducados. Este triste suceso pone a nuestro don Juan, que ya gozaba de gran prestigio y consideración, en plena posesión de sí mismo y le hace árbitro de todas sus acciones, al mismo tiempo que añade a su nombre el título nobiliario. Nuestro don Juan de Tassis es ya Conde de Villamediana y, además, Correo Mayor.

Entonces empieza a distinguirse, entre los caballeros jóvenes de su tiempo, por sus travesuras más o menos graves, en las cuales no hace más que seguir el mismo camino de sus otros compañeros. Porque la corte de España, sometida largo tiempo a la voluntad de un hombre severo y rígido en cuanto a la moralidad pública, parece ahora que trata de desquitarse del pasado rigor, entregándose sin freno a una vida alegre y disipada. Los grandes señores dan el ejemplo: Peñafiel, Saldaña, Melgar,

Olivares, don Luis de Haro, etc. Y todos ellos han de ser más tarde duques, virreyes, almirantes, favoritos; y otros, de gran porvenir en las letras: Quevedo, Argensola menor, Góngora...

Pero como no pueden ofender las religiosas costumbres del inepto Rey, que, aunque tolera que su Estado se hunda, no consentirá jamás ni una mínima falta en cuanto a la religión; que confiesa y comulga cada semana y que gusta ver a sus hijos *armados* de rosarios —según sus propias palabras—, encubren sus desórdenes bajo la capa de una mentida devoción, y lo mismo frecuentan los templos que otros lugares menos edificantes.

Así, en esta corte disipada y santurrona a la vez, alternan las prácticas religiosas con las distracciones mundanas: vicio e hipocresía son la síntesis del reinado del católico Don Felipe III. No se entrega a devaneos y locuras amorosas, sino a otros devaneos y locuras no menos funestos que le roban el tiempo que debe emplear en la vigilancia de sus ministros... Con su mal ejemplo, la desmoralización entra en su propia casa.

El Erario español está exhausto, las rentas empeñadas, y el Rey no tiene con qué pagar a sus criados. Pero en el ta-

pete de la mesa de juego de Palacio ruedan los escudos a millares, y, desde el Monarca hasta el último cortesano, todos se entregan con frenesí a tal vicio.

El pueblo en la calle murmura, pues el rumor de lo que pasa en Palacio ha trascendido íntegramente:

—El Rey Felipe III se enciende en el gusto de los naipes. El Duque de Lerma, gran tahur, le ha impuesto bien en el oficio. Y algunas considerables ganancias le han hecho los señores y gentileshombres de su cámara por valor de veinte y treinta mil ducados, y una de ciento y tantos miles el Conde de Gelves...

—Las damas, por su parte, no se quedan atrás en esta diversión. La Reina juega con sus damas camareras, con la Condesa de Lemos y con casi todas las Duquesas... —añade una mujer al oído de su vecina.

Esta continúa, a su vez, el popular chismorreo:

—El Conde de Villamediana es uno de los primeros cortesanos que se dedica con más que regular afición a los naipes. Me han dicho que ha llegado a ser un consumado maestro...

También critican los nobles a nuestro Conde. Escuchad a un marqués:

—Villamediana, además de ser algún tanto libre en materia religiosa, ofende las costumbres devotas. Sus débiles creencias...

—El Correo Mayor es mozo, poeta, maldiciente y tahur. En una palabra: se llama don Juan de Tassis, y ya es Conde de Villamediana por heredamiento. ¡Ay, si su padre resucitara! —comenta un gentilhombre, olvidándose de que él

El Correo Mayor.

también frecuenta el tapete verde del palacio de los Reyes.

—Y jugador afortunado, ¿no sabéis? Esto será causa de su expulsión de la corte —vaticina un tercero.

Al poco tiempo, el augurio se cumple: el Conde es desterrado por ganar más de 30.000 ducados en el juego. Y también don Rodrigo de Herrera, por haber perdido más de 20.000. El Rey, la Reina y el primer ministro sostenían y fomentaban tal vicio de los naipes. Pero sólo estos dos nobles son los castigados ejemplarmente.

* * *

Sale, pues, de la capital don Juan de Tassis. Se detiene algún tiempo en Alcalá de Henares, y aquí recuerda sus años de la Universidad. Aquí compone el soneto que empieza:

Vuélvome a ser sin letras estudiante,
donde el rector ya con lo azul se ahorra,
por no ver más prematicas de borra
en corte que es un campo de Agramante.

Prosigue, luego, su viaje hasta Valladolid, donde viven su madre y algunos parientes. Vuelve a pasear cabizbajo por la Plaza del Ochavo, la Platería, el Campo, el Espolón y el Prado de la Magdalena... Mas pronto cesa la prohibición de residir en la corte; su delito no ha sido demasiado grande... Regresa, por último, a la capital de las Españas que van dejando de serlo.

Pero nuestro Conde de Villamediana no es feliz en la ciudad del Manzanares, «el aprendiz de río». Está dolido por su

destierro. Quiere partir de nuevo, aunque por voluntad propia. Va a Valencia en compañía del Marqués de Santa Cruz. Pasan a Denia, donde les aguardan tres hijos del Conde de Benavente. Todos embarcan en una galera, que se hace a la mar con rumbo a las playas italianas.

Doña Ana de Mendoza, desde tierra, agita su pañizuelo blanco en señal de adiós. Sus brazos están vacíos, sin hijo alguno.

El Correo Mayor.

Todos han ido muriendo tempranamente... Sus ojos están secos y ardientes: ni una lágrima a punto de asomar.

—Ni esposo, ni hijos, ni siquiera lágrimas para consuelo y compañía —piensa para sí la dueña que la acompaña, mientras la nao se pierde en el horizonte del azul y terso Mediterráneo.

VII.—ITALIA

No de los principales motivos que han impulsado a nuestro don Juan a emprender viaje a Italia es, seguramente, el nombramiento del simpático don Pedro Fernández de Castro, Conde de Lemos, como Virrey de Nápoles. Es el *Mecenas* de su tiempo, y, en torno a él, gira una corte de literatos y poetas.

Así, en la antigua Parténope, se reúnen los cortesanos amantes de las Musas, bajo la dirección del Conde. Se leen discursos y poesías, se improvisan chistosas comedias y otros entretenimientos literarios. La sesión termina siempre con un opíparo banquete costeado por los socios.

Al mismo tiempo que esta academia, protege y fomenta el Conde de Lemos otra más seria y más importante.

—Es la academia de *Los Ociosos*, cuya fundación es debida al sabio Juan Bautista Manso, Marqués de Vila, y a la cual pertenecen las personas más ilustradas de Nápoles y los poetas españoles residentes —explica un secretario bien informado a un curioso preguntón.

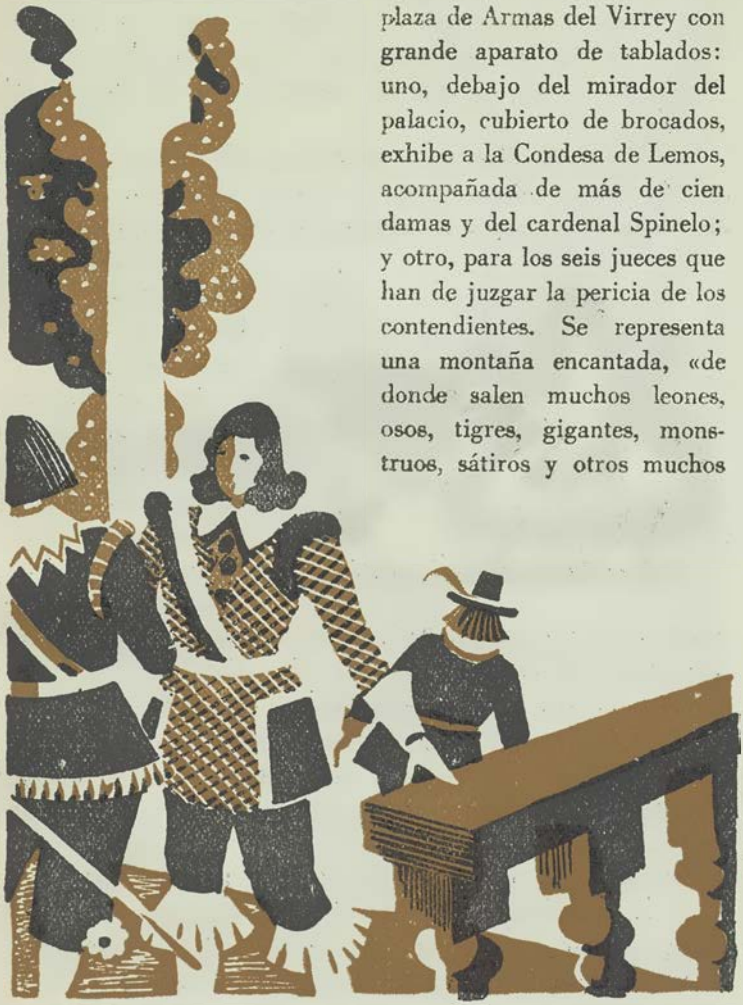
El Correo Mayor.

Entre estas doctas y divertidas gentes se presenta nuestro Conde de Villamediana, poeta como todos ellos y más expansivo que algunos. Es muy bien recibido, especialmente por la amistad que le liga al Virrey. El tiempo que don Juan de Tassis pasa en las poéticas riberas napolitanas es tan bien aprovechado, que todo él se desliza entre fiestas y diversiones de todo género.

—Por sus letras y esplendor y magnificencia, es de todos admirado nuestro Virrey. Altos sonetos le dedican los poetas. Entre ellos destaca el Conde de Villamediana, sin que el ejercicio de las letras le separe de las artes de caballero, siendo en todas ellas no menos eminente y con exquisito primor armado y desarmado en los torneos, y en todo género de fiestas se comporta señaladísimamente —confiesa el ya mencionado secretario a un corrillo de ministriles.

Al año siguiente, cuando se capitulan los matrimonios del Príncipe Felipe y la Infanta María Ana con Isabel de Borbón y Luis XIII de Francia, la ciudad de Nápoles solemniza este acontecimiento con grandes fiestas. Villamediana desempeña en ellas un importante papel, distinguiéndose en tal manera que causa la admiración de todos los napolitanos. Y con razón nuestro Cervantes Saavedra dice de don Juan de Tassis:

Este varón, en liberal notable,
que una «medianavilla» le hace conde,
siendo Rey en sus obras admirables,
este que sus deberes nunca esconde,
pues siempre los reparte o los derrama,
ya sepa dónde o ya no sepa adónde...



Un torneo se celebra en la plaza de Armas del Virrey con grande aparato de tablados: uno, debajo del mirador del palacio, cubierto de brocados, exhibe a la Condesa de Lemos, acompañada de más de cien damas y del cardenal Spinelo; y otro, para los seis jueces que han de juzgar la pericia de los contendientes. Se representa una montaña encantada, «de donde salen muchos leones, osos, tigres, gigantes, monstruos, sátiros y otros muchos

El Correo Mayor.

salvajes». El Conde de Villamediana, primer mantenedor, regala librea de sus colores —encarnado y plata— al señor de Lemos, al Marqués de Santa Cruz, a los hijos del Conde de Benavente, a toda la guardia alemana y a las dueñas del palacio.

Las cuadrillas han sido lucidísimas. El segundo mantenedor ha sido el mismo Conde de Lemos; el tercero, el Duque de Nochera; el cuarto, el *castellano de Santelmo*, tomando parte en el torneo muchos señores y caballeros del reino y otros extranjeros.

Los premios, riquísimos, se han repartido entre la Virreina, la Condesa de Gelves, doña Leonor de Portugal y las demás señoras. El cardenal Aquaviva también ha querido ver la fiesta, presenciándola embozado desde las ventanas del palacio.

Pero no sólo ha llevado a Italia el deseo de lucir sus talentos y bizarría. El Conde de Villamediana, siguiendo la costumbre de muchos caballeros de su tiempo, quiere también acreditarse en el ejercicio de las armas. En 1613 se le presenta ocasión propicia para ello.

El Duque de Saboya, Carlos Manuel, hijo del insigne general de Felipe II, ingrato con España, abrigaba desde antes ambiciosos proyectos de dominación, titulándose *libertador de Italia*, y aprovechó la sucesión del ducado de Monferrato para

renovar la guerra con la nación a quien tanto debía. Nuestro Villamediana, durante dos años, sirve en esta campaña con el grado de Maestre de Campo, hallándose en todos los combates que se dieron, hasta el que produjo, en 1615, la paz de Asís. Su comportamiento en la guerra ha sido rico en denuedo y valor, derrochando también sentimientos humanitarios y magnánimos.

—Es el más generoso y cortés caballero que han conocido las naciones de Nápoles y España —alababan los soldados y las gentes napolitanas.

Suspendida la guerra, trata don Juan de volver a Nápoles; pero, al atravesar la Toscana, quiere detenerse en la corte de los Médicis magníficos. La fama de estos mecenas le atraía desde su juventud. Su contento en la corte de Cosme II no dura mucho, porque al poco tiempo sale de ella. Cruza Roma, pero la fuente de la Plaza de San Pedro le inspira dos décimas:

Peregrino: este pavón
que ostenta cristal por plumas,
este diluvio de espumas,
esta de átomos región,
todos una fuente son...

Dos años permanece aún en Italia. Tiene, a la sazón (1615), treinta y tres años, hallándose, por tanto, en lo mejor de su vida.

El cargo de Correo Mayor proporciona a nuestro Villamediana un producto muy crecido. No es de extrañar que sus gastos sean fabulosos. Adquiere, en este bello país italiano,

muchísimos objetos preciosos, artísticos y de lujo, como joyas, cuadros, armas, antigüedades. Su gusto por los diamantes le lleva hasta el punto de hacerlos engastar en plomo para aumentar el brillo de la piedra y el lucimiento de la talla. Entusiasta apasionado de la pintura, llega a formar, a costa de sumas exorbitantes, una galería de cuadros de las más ricas de la Corte. Y como buen Correo, cuida de tener siempre en sus cuadras soberbios caballos, a los que profesa tal cariño que nunca vende ninguno, sino que, cuando no sirven, los regala o deja que mueran en las caballerizas.

Para mayor ufanía
y aumento de sus loores,
eran vates y pintores
su ordinaria compañía;
con todos ellos partía
su valimiento y caudal.

Han pasado seis años. Comienza a ganar su ánimo una profunda añoranza melancólica de la tierra de España. Lo despierta el primer rayo de sol, y ya quiere regresar. Ilusorios murmullos de frondas y de aguas españolas le acarician interiormente.

—¡Qué dulce alivio acercarse a los ríos, mientras el sudor, hirviendo, cae de la frente, allí en mi Castilla! ¡Es un panorama aquél que ansío volver a ver! Y... doña Ana..., ¿dónde estáis, doña Ana? ¿Me amáis aún, esposa mía? Ingrato he sido, sí, pero... —se dice, con el ansia viva de partir y el recuerdo sin nubes.

El Correo Mayor.

El Conde, «en el vestir sin segundo, con sus trajes bordados de oro», vuelve a España, suave y dulce doña Ana para causar asombro inmenso. ¿Volverá a tus brazos, esposa triste?

—Amanle todas las mujeres —respondes resignadamente, con voz íntima—, por discreto y por galán...

VIII.—REGRESO A ESPAÑA

DESPUÉS de haber pasado seis años, como hemos dicho, nuestro Conde en la península apenina, regresa a Madrid a fines de 1617.

Al salir de la patria había dejado en el cenit de su privanza al Duque de Lerma. Cuando llega, la corte está hirviendo en un mar de intrigas, dirigidas todas a arrojar del poder al valido. Pero el funesto ministro se resiste con todas sus fuerzas, no quiere abandonar las dulzuras del mando que tan provechoso le ha sido. Prodiga la venalidad y el lujo escandaloso; su codicia, por otra parte, es sin límites: trafica con los puestos, vendiéndolos al mejor postor. El oro que traen los galeones de Indias, cuando por ventura escapan de los corsarios o piratas berberiscos, no va a parar al Erario nacional, sino que viene a henchir las arcas del privado y sus satélites. El mal ejemplo dado por el primer ministro de la corona, induce a los demás grandes empleados a seguir el mismo camino, aunque en menor escala, comerciando con los empleos y

dignidades subalternas: canonjías, beneficios, cartas de nobleza, hábitos, etc.

Tal estado de cosas, con otras miserables y enconadas luchas de ambición y de favoritismo, halla el Conde de Villamediana cuando regresa a Madrid. Y don Juan de Tassis, a partir de este momento, declara una guerra terrible, pues siente una aversión instintiva a los vicios sociales de la época, vinculados en una corte mogigata, con la cual no puede avenirse. La inmoralidad, el cohecho y fraude, cada vez más descarados en los funcionarios públicos, le subleva. El espectáculo que ofrece la Patria, puesta en tales manos, arruinándose irremisiblemente, le llena de dolor y de ira. Su carácter fiero e independiente, unido a la viveza de su ingenio, le obliga a atacar de manera violenta a esta gente indigna. Como Juvenal, suele preguntarse:

—¿Quién puede contenerse y no escribir sátiras a la vista de una ciudad inicua?

¡Triste época de nuestra historia!

Don Juan de Tassis lanza al rostro de los gobernantes sus amaños torpes y su venalidad, exponiéndoles a la vergüenza pública. El escozor que producen sus epigramas, prueba suficientemente que el Conde pone el dedo en la llaga y que sus escritos no son calumniosos libelos. Y no es esto decir que las palabras de don Juan estén siempre dentro de lo lícito, ni que las expresiones de ellas sean las del decoro y las del respeto social. No. Mas ¿qué conseguiría con predicar elocuentes sermones homiliacos sobre la moral y la justicia a los hombres que obran mal por deliberado propósito?

Osado, quiere hacer enrojecer de vergüenza la frente de los

Cap. VIII

Regreso a España.

El Correo Mayor.

que insulta con sus versos: contra Lerma, Uceda, Calderón, Osuna... lanza multitud de poemas satíricos, sin perdonar a ninguno de los que gozan más o menos influjo o favor. La forma de sus agresivas composiciones es desaliñada, muchas veces incorrecta, quizá para que estén más al alcance de la mayoría de los lectores. El estilo es ligero y desenfadado, atrevidas las frases y sangrienta la intención. Sus poesías corren anónimas por la corte, disputándose el público el placer de leerlas y de copiarlas, y aun de repetirlas.

Recordando la expulsión de los moriscos y los inmensos beneficios del Duque de Lerma, escribe una décima, que dirige al Rey:

Las Indias le están rindiendo
el oro y plata a montones,
y España con sus millones,
aunque la van destruyendo;
cada día está vendiendo
cien mil oficios, señor;
usan muy grande rigor
en destruir vuestra tierra;
gastóse aquesto en la guerra...
o en Lerma, diré mejor.
Cien mil moriscos salieron
y cien mil casas dejaron;
las haciendas que se hallaron
¿en qué se distribuyeron?

Al fin, el Rey empieza a apartar de sí al Duque de Lerma, hasta que, en 1618, le ordena que se retire a Valladolid. El

júbilo que causa esta medida es general. Apenas sabe el Correo Mayor que el Duque se ha retirado a la capital de Castilla la Vieja, lanza sobre él nuevas y violentísimas sátiras. Y en esta o parecida forma sigue el Conde atacando a los que gozan preponderancia en la corte; sus sátiras conjuran contra él los odios y resentimientos de los aludidos, que se ven rodeados de la

befa y burla de todo el mundo, pues las poesías de Villamediana se desparraman por la capital, y por todos son leídas y comentadas. ¡Justo castigo para los jueces venales y los ministros prevaricadores! Por otra parte, estos poderosos del año de gracia de 1618 prefieren, a desmentir con una conducta honrada los infamantes escritos del Conde, ahogar la voz en su garganta castigando su atrevimiento.

Y el temor de la venganza de los ofendidos pone a don Juan en grave cuidado. Doña Ana, su esposa, no hace más que aconsejarle:

—No salgáis a la calle, Conde; pueden atentar contra vuestra vida.

Pero el Correo Mayor la tranquiliza con estas breves palabras:

—Son demasiado cobardes, Ana, para hacerlo. Y temen también la destreza de mi brazo en el manejo de las armas defensivas... y ofensivas.

En efecto, pronto se toma contra él una medida rigurosa. A mitad del mes de noviembre, es preso y desterrado. Don Luis de Paredes préndele de parte de Su Majestad, le mete consigo en un coche y, después de haber andado tres leguas, le notifica lo siguiente:

—No podréis acercaros en veinte leguas a la villa de Madrid, y otras tantas donde haya audiencia del Rey, ni a Córdoba, ni a Salamanca. Mas podéis elegir el lugar que queráis para vivir en él.

Arrúgasele la frente a don Juan de Tassis, desposeído ahora de su cargo de Correo Mayor; frunce el ceño airadamente. Su alma se subleva en rebeldía; los labios quieren responder

algo, acaso imprecar; pero el orgullo, más fuerte que la disconformidad, le hace guardar silencio; ni una palabra contesta a don Luis de Paredes, y, sin volver la cabeza atrás, parte solo al galope. Vuelan, en el aire matinal, su capa y sus encajes. Galopa sin rumbo, sin saber adónde.

Meseta adelante, por carreteras polvorientas. Vadea algún río entre márgenes verdes. Atraviesa algunas ciudades, amodorradas en una calma enfermiza. Recorre extensiones desiertas. Cabalga asfixiado, con un tizón en la boca e ilusorios murmullos de agua en los oídos. ¿Habrá una fuente en la España de Don Felipe III? El sudor hierve en sus sienes, aureoladas de soledad. Alcanza las alturas de los montes. Los baja y sube otras montañas. Desde sus cumbres, don Juan de Tassis contempla el gran reino del tercer Felipe, y su alma rebosa de amargura al saberlo en decadencia y destrucción, en miseria y en llanto.

Al otro lado de la lejanía queda doña Ana, la esposa, suspirando por él, rezando por el desterrado. La imagen de ella adquiere, ahora, para el Conde, un poder secreto, aunque efímero. Se diría que ha aparecido junto a él de un modo imprevisto y milagroso, como si naciese del aire en este instante. Su aureola se vuelve visible como en un destello. Hay almas que se muestran en una mirada, en una sonrisa, provocando asombro en derredor. Así se queda don Juan cuando ve a la esposa aparecida, extendiendo su mano para hablar.

El Correo Mayor.

—¿Eres, en verdad, tú? —pregunta el Conde.

Mas la femenina presencia ya no está en el aire; ha desaparecido como una nube pasajera y transmudable.

Don Juan de Tassis se halla solo. El gran ojo del cielo le escruta la mirada y acaso los pensamientos.

IX.—EN EL DESTIERRO

No ha sido una novedad para el Conde el verse lanzado de la capital, pues, aunque con menos motivo, ya lo había sufrido diez años antes. Su alma, sin embargo, está llena de resentimiento. Sus versos así lo significan.

¿Adónde encamina sus pasos? No lo sabemos. Sólo él nos dice, en una redondilla, que ha pasado por Sigüenza, que ha cruzado Andalucía. Y, a pesar de la prohibición que tiene, va a Córdoba...

Y aunque desterrado, sigue el Conde con interés la marcha de los sucesos políticos, y, prosiguiendo en su afición de escribir sátiras, continúa haciendo acopio de ellas o enviándolas a Madrid según van saliendo de su pluma. Villamediana no pierde su tiempo; ni el destierro le ha escarmentado, ni es posible que cambie de conducta. Y hasta es injusto, a veces, con muchos inocentes... El vicio funestísimo de la maledicencia tiene dominado a don Juan de Tassis; le vuelve despiadado, sangriento... La pluma «bañada en oro» —como

dice Lope —se moja en sangre. Satirizar es algo trágicamente grato para su espíritu luchador, en perpetua guerra contra su condición humana. Y su voz se ilumina de relámpagos agresivos, de luces que traspasan y corren...

Los atacados rechinan los dientes, máscaras de rabia delirante, fantoches del Demonio, grotescos personajes de tragicomedia. En España hay un barullo de todos los diablos. Mas algo va a cambiar el panorama de pronto, a detener la marcha de los acontecimientos o a precipitar otros inevitables. ¿Qué va a ocurrir?

En la madrugada del 31 de marzo expira Felipe III, Rey que sólo lo ha sido en el nombre, juguete toda la vida de la ambición de sus favoritos: Lerma, Uceda...

Con mayores bríos empieza a reinar su sucesor Felipe IV, que también trae al gobierno su correspondiente favorito: el famoso don Gaspar de Guzmán, Conde de Olivares. Al redoblar las campanas por el ánima del tercer Felipe, el valido murmura para sí:

—¡Todo es mío!

Y todo ha de ser suyo durante veintidós años.

Dieciséis tiene el Monarca ahora, y desde 1615 está casa-

do con Doña Isabel de Borbón, hija de Enrique IV de Francia y de María de Médicis.

Es, a la sazón, la Reina de España una hermosísima joven de dieciocho primaveras, dotada de gran talento, de un carácter alegre y expansivo, de gracia y elegancia exquisitas: es gala y ornato de la Corte de Madrid.

Las primeras medidas del nuevo gobierno se encaminan a cambiar el orden de cosas existentes a la muerte del rey anterior. Los que antes han sido perseguidos, ahora son rehabilitados y colmados de honores. Se levanta el destierro a los que lo estaban sufriendo, y, como es na-

tural, alcanza el indulto a nuestro don Juan de Tassis, pero...

* * *

Amanece. El rostro del Conde está más pálido y demacrado. Tiene un aire de sonámbulo. Vacila al levantarse. Al romper la madrugada ha tenido un sueño terrible: doña Ana, su esposa, se moría sola, en un viejo caserón que, luego, se transformaba en un campo de trigo; las espigas la sepultaban, sin que lápida ninguna proclamase su nombre...

Su corazón le dice que el sueño ha sido un presentimiento. Querría equivocarse... Dentro de él reina una confusión oscura: las imágenes se interponen, se superponen, se mezclan, surgen, vuelven a desaparecer... Son los gestos de doña Ana, las dulces expresiones, las palabras mimosas, las caricias a los hijos que se fueron muriendo a medida que crecían...

—Ella —se dice— ha vivido siempre como en ausencia de todo, en pleno alejamiento de mí. La he amado, sí, pero imperfectamente. Me agradaba tenerla lejos,

acaso por no herirla con mis palabras terribles, con mi despiadada ironía.

La sensibilidad huye de sus nervios y forma a lo lejos una neutralidad vaporosa, nube en la cual flota inconsciente su ser. Al despertar percibe en su memoria un vago recuerdo nocturno y constelado..., pero doloroso.

Cuando un criado le trae la noticia de la muerte de doña Ana de Mendoza, responde brevemente, con voz lejana y honda:

—Lo sabía.

El servidor se queda atónito cuando oye, de labios de su amo, estas palabras que él juzga asombrosas.

* * *

Al cabo de pocos días regresa nuestro Conde a la capital, y es nombrado gentilhombre de la Reina y repuesto en su cargo de Correo Mayor.

Desde varios años antes es ya caballero del hábito de Santiago, y, desde ahora, va a tener libre entrada en Palacio, ligándose a las personas reales. Empieza a gozar algún influjo...

No pudiendo contener su genio satírico y viendo derrumbarse el poderío de los que fueron sus perseguidores, lanza contra ellos multitud de escritos amargos y rencorosos. ¡Burla y sarcasmo del Conde! En su frenesí, olvida que su conducta es indigna...

Y van cumpliéndose todas las predicciones del Conde de Villamediana en sus sátiras sangrientas: don Rodrigo de Calderón ha entregado al verdugo su cabeza; el Duque de Osuna

está entre cadenas; el de Uceda, preso también; el Duque de Lerma, procesado y condenado a restituir enormes sumas... El vulgo está admirado de la exactitud de sus pronósticos:

—Sois estrellero eminente —dícele un cortesano.

—El Conde de Villamediana tiene algo de brujo —comenta el pueblo.

Con esto parece haber terminado la misión satírica de don Juan de Tassis y que nada le queda que hacer en este sentido... Pero, a su vez, tiene que defenderse de ataques del mismo linaje, pues sus enemigos, no pudiendo hacerle desterrar como en otro tiempo, le zahieren en picantes libelos:

Que a ser Conde hayáis llegado
tan aprisa y tan sin costa,
no es mucho, si por la POSTA
habéis, Conde, caminado.
En el ser desvergonzado,
libre hablador y malsín,
mostráis que sois hombre ruin
por más seda que os vistáis,
y de aquesto no os corráis
que sois postillón al fin.

X.—EL AMOR VERDADERO. FIESTA EN ARANJUEZ

El Conde ve por primera vez a Isabel de Borbón, la joven Reina. Monta ella un blanco palafrén, apacible y hermoso, cuyas bridas sujeta con ambas manos. La Soberana viste una saya noguerada, recamada de oro, cuello alto y mangas partidas, jubón interior de seda blanca bordada de estrellas de plata y voluminosa gorguera de gasa.

Don Juan de Tassis queda prendado de su encanto. beldad y gentileza.

Todo ha de renovarse. Hay que cambiar para vivir, cambiar a fuerza de persistir en lo más íntimo del ser. Así, el Conde se siente atravesado, en vez primera, por un fluído etéreo que le hace estremecerse. Doña Ana ha borrado totalmente su recuerdo semidoloroso. Si su imagen intenta aparecer en su memoria, don Juan de Tassis la rechaza.

Un alma nueva lo embriaga todo, y todo es alma. Ahora el alma es sólo ella: Doña Isabel de Borbón, la Reina cuyo blasón es de azur con tres flores de lis, áureas, angélicas.

El Conde mira hacia arriba, hacia un lago etéreo y cristalino, y no hacia abajo, donde el agua es negra y profunda.

Don Juan de Tassis aspira a la inmortalidad. Lucha contra su sangre, y vence. Vence y se liberta, pero queda triste eternamente. Su victoria significa, en lo vital, una amarga derrota. Triunfa la poesía a costa de lágrimas y de un tenaz dominio del ser corporal. Es el amor más puro.

¿La nada después del hambre? ¿Después del dolor la incapacidad de sufrir? La compensación que obtiene el Conde de Villamediana es terriblemente negativa. Antes las llamas del infierno que el hielo absoluto de la Nada.

* * *

Y comienza a extenderse la especie de que el Conde de Villamediana se ha enamorado locamente de la joven Reina. El hecho parece comprobado por notables indicios.

* * *

Llega la primavera de 1622. Llamaradas azules en el cielo. Júbilo de pájaros relampagueantes. Nuevas llamas que despuntan en el aire límpido, nuevos gritos que los traspasan. Es un *crescendo* de llamas y gritos a lo largo de la campiña. Es el primer beso del fuego en la carne viva. El Céfiro exaspera a las llamas, y los gritos vitales aumentan su intensidad, rasgando las mañanas y los crepúsculos. Algunos hombres permanecen impasibles ante este Renacimiento, con la mudez de las cosas inertes o de las almas absolutas o muertas.

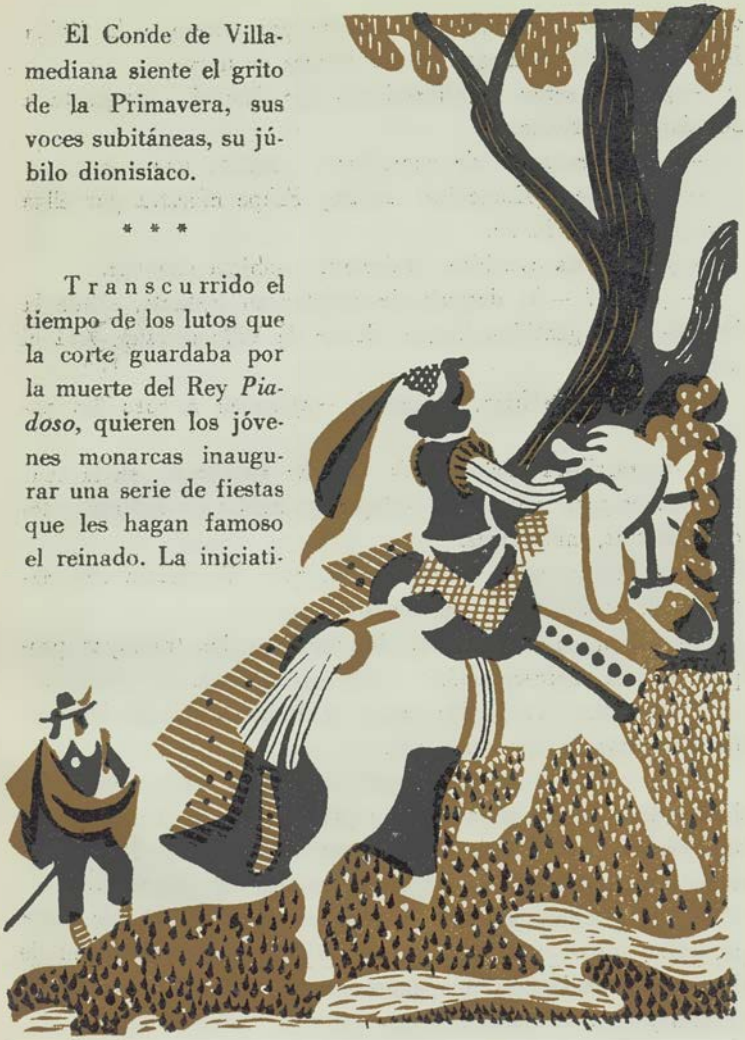
Cap. X

El amor verdadero. Fiesta en Aranjuez.

El Conde de Villamediana siente el grito de la Primavera, sus voces subitáneas, su júbilo dionisíaco.

* * *

Transcurrido el tiempo de los lutos que la corte guardaba por la muerte del Rey *Piadoso*, quieren los jóvenes monarcas inaugurar una serie de fiestas que les hagan famoso el reinado. La iniciati-



va y superior dirección corresponde por entero a la Reina Isabel, dinámica y alegre. Media el mes de mayo.

—¿Cuáles serán las diversiones que demos? —pregunta a sus damas la Reina.

—¿Representación de comedias? —apunta una voz.

—Sí, eso es. ¡Comedias! El Rey Felipe muestra por ellas una particular afición.

—¿Quién las escribirá, Majestad? —objeta una voz.

—¿Quién? —Y, después de meditar un instante, añade la Reina—: Mi gentilhombre, el Conde de Villamediana, será el autor...

—Nos parece bien, Majestad —aplauden a coro las palaciegas.

—El escribirá una comedia de gran apariencia, en la cual tomaremos parte yo misma, aunque sin hablar, la Infanta y todas vosotras, mis damas.

Estas, como niñas, palmotean de gozo. El alcázar real satúrase de entusiasmo y de preparativos.

—¿Quién correrá con la decoración y las tramoyas propias para la representación? —inquiere alguien. Le contestan:

—El mismo Conde. Ha estado en Italia, y allí son frecuentes esta clase de *intervenciones*.

—Es verdad —contesta aquél—. Y bien veo que para fabricar toda la máquina de la representación puede el Conde aprovechar la presencia en la corte del ingeniero Julio Fontana, superintendente de las fortificaciones de Nápoles...

El 15 de mayo se halla la corte en Aranjuez. Por la tarde se lidian toros; por la noche se verifica la representación de las dos comedias escritas expresamente para el acto: la de Tassis y otra de Lope de Vega.

Cap. X

El amor verdadero. Fiesta en Aranjuez.

Para estreno de la primera ha levantado el ingeniero Fontana un teatro en el jardín llamado de la *Isla*, de madera y lienzo, con siete arcos en cada uno de los lados y columnas de orden dórico, cubriendo el edificio un gran telón, en el que, entre sombras y nubes, brillan innumerables estrellas imitando la bóveda celeste. Completan el decorado estatuas de bronce, esferas de cristal y otros adornos.

Enciéndense multitud de antorchas, a la par que otras luces. Y ocupan sus sitios el Monarca y los Infantes. En un estrado más bajo se colocan los embajadores y caballeros; en otro, las damas, y en el resto del recinto, convidados y curiosos.

Por uno de los arcos entra en escena un soberbio carro de cristal, ornado con luces y verde hierba; dentro se ve sentada, en elegante trono, la *Corriente del Tajo*, simbolizada por una dama, dueña de honor, con traje y manto bordado con escamas de plata y luciendo ricas joyas. A sus pies van varias meninas de la Reina, representando a las náyades del río...

Para término de estos preliminares, cuatro corpulentos troncos de árboles, plantados en el fondo de la escena, se abren espontáneamente, dejando paso a cuatro ninfas. Estas cantan con dulce voz versos laudatorios, volviéndose luego a su verde cárcel.

A continuación se da comienzo a la comedia titulada *La Gloria de Niquea*, dividida en dos actos. El argumento es

pobre y el diálogo oscuro y muerto. Y no es que al Conde le haya faltado talento para hacerlo mejor, sino que como en esta clase de obras predomina el aparato escénico —la vista lleva mejor parte que el oído— y sólo se trata de dar lugar a que las damas luzcan variedad de trajes, cuanto más disparatada sea la fábula tanto más debe agradar al público. *La Gloria de Niquea* tiene, sin embargo, trozos líricos de gran mérito, único recurso del poeta en tales casos. Y, por otra parte, Villamediana tenía que contentar a todas las damas que habían de tener papel, haciéndolas a todas protagonistas o poco más o menos.

—Un concepto en cada verso —le había pedido una.

—Un desdén en cada copla —le había solicitado otra dama.

—Un soneto en cada plana —le rogó una marquesa.

Ningún asunto mejor para esta clase de obras que el ofrecido por las maravillosas aventuras escritas en los libros de caballerías. El Conde se remitió al noveno del *Amadís de Grecia*, y, con algunas modificaciones, urdió la trama de la comedia.

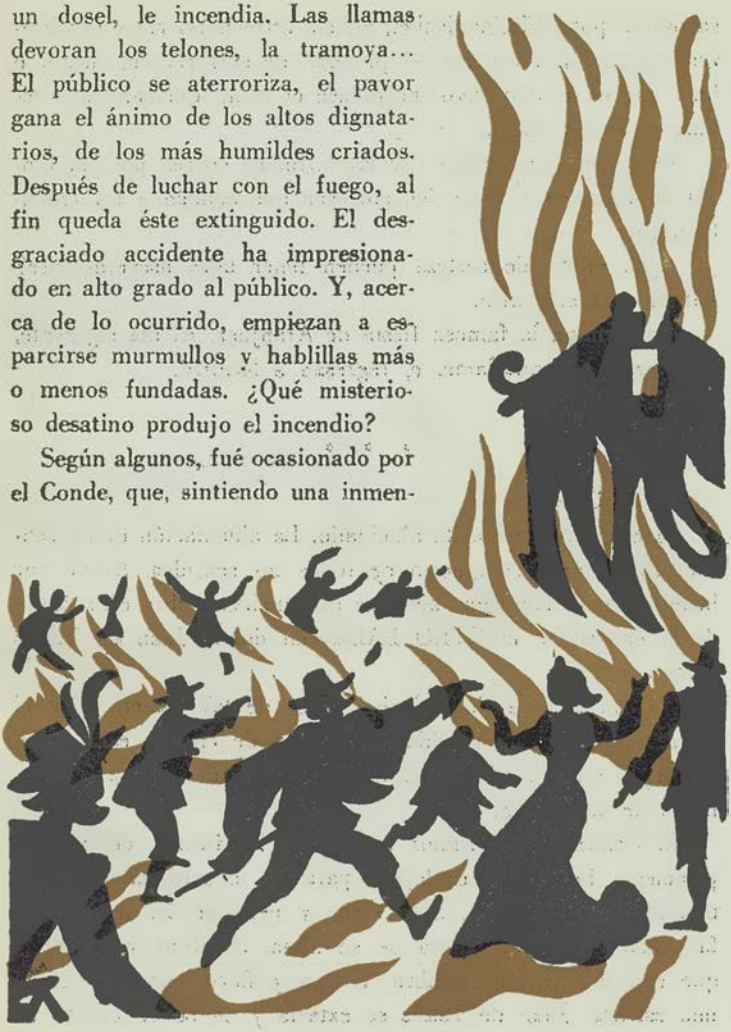
No obstante estos reparos, la obra del Conde gustó mucho y alcanzó un gran éxito. Se derrocharon aplausos y ovaciones.

En el jardín llamado de los *Negros* se había dispuesto un nuevo teatro, en el que las mismas y otras damas habían de representar la comedia, también en dos actos, de Lope de Vega, y cuyo título era *El vellocino de oro*. Con gran agrado del público se da fin al primer acto y sin ningún incidente de ningún género; mas, poco después de empezado el segundo, ocurre un suceso...

Ya es de noche. De pronto, una luz, cayendo encima de

un dosel, le incendia. Las llamas devoran los telones, la tramoya... El público se aterroriza, el pavor gana el ánimo de los altos dignatarios, de los más humildes criados. Después de luchar con el fuego, al fin queda éste extinguido. El desgraciado accidente ha impresionado en alto grado al público. Y, acerca de lo ocurrido, empiezan a esparcirse murmullos y hablillas más o menos fundadas. ¿Qué misterioso desatino produjo el incendio?

Según algunos, fué ocasionado por el Conde, que, sintiendo una inmen-



Cap. X

El amor verdadero. Fiesta en Aranjuez.

sa pasión por la Reina Isabel, anheló estrecharla entre sus brazos una vez siquiera con el pretexto de salvarla del fuego, e hizo que un criado suyo incendiase el telón, quemándose después todo el teatrillo.

Tales especies ruedan por las tertulias, corren por las «losas de Palacio» o entre los curiosos que acuden a los «mentideros».

¿Qué grado de certeza pueden tener tales aseveraciones? Difícil es averiguarlo.

Así termina la famosa fiesta de Aranjuez. Al día siguiente, los Reyes, apresuradamente, regresan a Madrid.

* * *

¿Y el Conde?

Vive maravillosamente alucinado. La alucinación es un sentido excepcional compuesto de todos los sentidos. Actúa por instantáneos relámpagos aislados que inciden sobre otro plano de la existencia, el OTRO LADO, en donde Juan de Tassis divaga todavía.

Ha abrazado a doña Isabel, pues de tal manera vive el Correo Mayor. Enmudecida, la imagen de ella se esfuma en el propio silencio que la envuelve, porque el silencio es hermano de la sombra.

El Conde oye el rumor remoto de las fiestas, del ajetreo palaciego. Pero todo es lejano para él; ocurre más allá del mundo en que habita. Sólo sigue y persigue un sueño: un fantasma golpea la puerta de su alma. Sombras y sombras, que son una misma sombra, entran y llevan una luz como una estrella. Juan de Tassis se extasía y no se da cuenta de

que todo es un puro sueño e imaginación alucinada. No se da cuenta de nada. A veces increpa a la sombra que le posee:

—¡Qué helada mudez es la vuestra!

Mas el sueño de la espera —sin venida— se prolonga demasiado. Ella —de carne— no viene aún. La imagen irreal pugna, en el espíritu de Villamediana, por hacerse tangible, por volverse realidad: ¡vida! Y la ve y la oye. ¿Delirio? ¿Alucinación nuevamente? Pero es que la razón y el delirio derivan de la misma fuente, de la misma energía esencial.

Ahora está más sereno. Se transfiguran las almas y las cosas. El dolor, el amor y la desesperanza ganan nueva fisonomía... Ya no es él, es otro, inmaculado e inocente, capaz de cometer grandes locuras. Y distingue a la Reina aureolada con un nuevo encanto, con una poesía nueva. ¿Por qué no brindar por ella públicamente? ¿Por qué no repetir su dulce nombre en alta voz y delante de todos?

Y de la fisonomía del Conde empieza a manar una etérea claridad. ¿Dolor que vibra en luz de amor?

Andan por el aire cantos, voces ebrias, copas espumeantes, frágiles y locas. Locas y frías ya por la brisa que sopla allá fuera, en la lívida madrugada de un país en decadencia.

¡Más fiestas! ¡Más fiestas! ¡Más fiestas en la España de

El Correo Mayor.

Felipe IV! Madrid no cesa de divertirse en festejos pagano-religiosos: San Isidro, San Ignacio, San Francisco Javier, San Felipe Neri, Santa Teresa..., son celebrados con gran solemnidad y pompa. Altares en la Plaza Mayor y calles del tránsito, procesiones, máscaras, luminarias, comedias, bailes, justas poéticas...

El Conde participa en todas estas diversiones, mas...

Cap. XI

Amar es fuerza y esperar, locura.

XI.—AMAR ES FUERZA Y ESPERAR, LOCURA

DESPUÉS del incendio de Aranjuez, el Conde de Villamediana hace tales locuras que todos le califican de indiscreto y temerario. Un día, acompaña al templo a la Reina Isabel. Ve mucho dinero sobre el altar, recogido para las almas del Purgatorio. Se acerca a él, y, tomándolo por su mano, dice a la Soberana:

—Mi amor será eterno y eternas serán mis penas, señora. Las de las almas del Purgatorio concluirán; pero, ¡ay!, las mías no cesarán jamás. La esperanza de alcanzar el cielo consuela a las almas; mas, para mí, ya no hay esperanza ni consuelo alguno. Así, esas limosnas que reciben mejor deberían dárseme a mí que a ellas...

La Reina no sabe qué responder; sus delicadas mejillas se sonrojan. Sale del templo sin mirar siquiera al Conde.

Tan violenta es su pasión por la Reina que, seguramente, ella habría correspondido a este amor si su austera virtud no la resguardase. El corazón de la mujer se abroquelaba bajo el de Reina. Don Juan de Tassis es bastante joven aún,

hermoso, bien formado, bravo, magnífico, galante y agudo.. Sí; pero ella es Reina de las Españas, espejo de las mujeres españolas...

El Conde, ciego, sin freno, prosigue sus locuras: en una fiesta caballeresca celebrada en Madrid, se presenta con un vestido bordado de monedas de plata, todas nuevas, llamadas *reales*, y llevando una divisa: «Mis amores son reales».

La gente se espanta de tanta osadía:

—¡Ha hecho alusión con esas palabras a la persona de la Reina! ¡Es imperdonable! ¡Merece gran castigo!

El Conde-Duque de Olivares, favorito del Rey y enemigo secreto de la Soberana y de don Juan de Tassis, hace notar a su señor la temeridad de este último:

—Osa, hasta en vuestra misma presencia, señor, declarar los sentimientos que le inspira vuestra esposa. Debéis, ¡oh Rey!, castigarle severamente. Aun mejor, vengar vuestra afrenta...

—Pruebas palpables necesito, Conde —exige el Rey.

—Minuciosas pesquisas he hecho, Majestad. Puedo daros pruebas ciertas —responde el valido.

—Decídmelas sin temor.

—He comprobado que los rumores populares acerca del incendio de Aranjuez son completamente ciertos: un hombre que era fiel al Correo Mayor puso fuego a la tela de la nube. Este, bellacamente, se aprovechó de tan favorable coyuntura, tomó a la Soberana entre sus brazos y la condujo por una escalerilla secreta... Un pajecillo lo vió, Majestad, y, si queréis, puede juraros que lo que os afirmo es verdad.

—¡Vive Dios que el Conde de Villamediana merece mi cólera! Su atrevimiento debe ser pagado a duro precio, ¿no os parece, Conde?

Cap. XI

Amar es fuerza y esperar, locura.

El Correo Mayor.

—Sí, Majestad. Sólo obrando de esta guisa salvaréis vuestro honor de Rey —responde, insidioso, el valido omnipotente.

Unos pasos femeniles se aproximan: es la Reina. El Conde-Duque se retira. Doña Isabel de Borbón no puede menos que exclamar:

—Jamás ha habido un príncipe que se haya dejado gobernar tan omnimodamente por sus ministros como vos, ¡oh Rey! Firmáis pliegos sin conocerlos. Accedéis a sus intrigas y deseos...

La Reina ha dicho toda la verdad. No es Felipe IV —aquel Soberano cuya efigie fué grabada en monedas de plata en la ciudad de Sevilla con la inscripción: «HOERCULI HISPANO SENATUS POPULUSQUE HISPALENSIS»— quien gobierna la nación. Es don Gaspar de Guzmán, Conde de Olivares, quien empuña las riendas del Estado.

—¡Ah! Si vos hubieseis sido aquel Hércules salvador, ¡oh Rey!, hubieseis limpiado esta España, verdadero establo de malandrines y parásitos. Vos, Rey mío, sólo sabéis cazar y divertiros...— se lamenta la Soberana.

Pero todo es inútil para conjurar la bancarrota y el malestar general.

* * *

Gran traición se trama solapadamente contra don Juan de Tassis. ¡Oh amante desdichado!

El, en vano, trata de reprimir su amor infortunado; un

hondo sentimiento de amargura se le aposenta en el pecho. Confusión, engaños, anhelos, lágrimas le tienen prisionero. No puede ni sabe razonar en este patético trance de su vida. Y todo ese dolor viril que le invade el cuerpo y el alma se vierte en su poesía. Es ésta la amiga dulce y tierna, el único alivio y consuelo de sus horas. A ella es posible decir y confesar todo, hasta lo más callado e íntimo. Puede, en ella, clamar hasta la desesperación, gritar el mal que le acosa, el amor y dolor sin remedio que le persiguen como canes. Es en esta poesía recatada y

honda —no en la fácil sátira agresiva— donde nuestro poeta recluye su espíritu, la intensidad de su emoción y la congoja del ansia. Oídle sus quejas y suspiros:

Mi verdad desnuda
os pone delante
un morir constante,
una razón muda.

.....

Nadie escuche mi voz y triste acento
de suspiros y lágrimas mezclado,
si no es que tenga el pecho lastimado
de dolor semejante al que yo siento.

.....

D'estas lágrimas vivas derramadas
en mi paciencia un tiempo detenidas
hoy mis quejas se ven interrumpidas,
mas no con su razón acreditadas.

Aunque de más ofensas agraviadas
no dirán que se dan por ofendidas:
porque ganan el nombre de sufridas
no pierden el que tienen de calladas.

En manos del silencio me encomiendo,
por no perder lo que sufriendo callo,
por lo que con mis lágrimas os digo.

Y tan lejos de vos quedo muriendo,
que aunque engaños que hacemos ya no hallo
y probar más remedios es castigo.

.....

Callar quiero, y sufrir; pues la osadía
de haber puesto tan alto el pensamiento
basta por galardón del sufrimiento
sin descubrir la loca fantasía.

Sufrir quiero, y callar; mas si algún día
los ojos descubrieren lo que siento,
no castigueis en mí su atrevimiento,
que lo que mueve amor no es culpa mía.

XII.—CESEN MIS ANSIAS YA DESENGAÑADAS

El corazón del Conde se escapa en pos de los hechizos de la Reina. Pero todo es inútil. Ve que Doña Isabel menosprecia su amor, y él mismo comprende que así tiene que ser. Entonces se entrega resueltamente en brazos de la desesperación. Ya hemos visto muchas de sus locuras y extravagancias.

El Rey y el Conde-Duque de Olivares disimulan las ofensas en lo exterior, para que, engañado don Juan de Tassis, el golpe sea más seguro. Acaso tratan el asunto en Consejo áulico.

El caballero de Villamediana conoce su extravío; mas parece que busca con ansia el golpe fatal, la hora postrera. Visita todos los días a la Reina: se revuelve dentro de su propio dolor, se quema, se hiere, se mata. Sus versos corroboran el estado de su espíritu:

Compañía es la tristeza,
hábito la pesadumbre,
donde el pesar por costumbre
se ha hecho naturaleza.

El Rey quiere cerciorarse aún. Una mañana, hallándose Doña Isabel en un balcón de Palacio, se llega por detrás a ella silenciosamente y le pone la mano sobre los ojos. Creyendo la Reina que es Villamediana, su eterno enamorado, le dice:

—Estaos quieto, Conde.

A Felipe IV no le cabe ya duda.

—Es menester obrar... —piensa—. Que el primer ministro decida lo que es necesario hacer.

Y se marcha a sus placeres cinegéticos o a sus devaneos amorosos:

—¡«Calderona»! ¡Oh «Calderona»! —susurra débilmente.

* * *

Don Juan de Tassis escribe y escribe poemas, como para vengarse de lo que no puede alcanzar en la vida. En ellos llama a su amada Leonisias, Belisa, Filis, Francelisa, anagramas casi todos de Isabel, y aparece como amante pocas veces dichoso, casi siempre desdeñado y sin esperanza:

Ni un átomo de sombra de esperanza
a mi suerte jamás puede atreverse...

* * *

Y, al fin, don Juan de Tassis, caballero de ingenio, Correo Mayor de España y Nápoles y Conde de Villamediana, llega al fin de su propia adversidad: a la hora de su muerte.

Como de costumbre, va a Palacio; mas sólo permanece un corto rato en el Alcázar. Al montar en su coche ve que don Luis de Haro, menino de la Reina, se apea de otro:

—Venid a pasear conmigo —le ruega—. Subid a mi carroza.

Después de ruegos y porfías acepta el menino, no sin antes haberse excusado varias veces. La insistencia del Conde ha vencido su voluntad. Al aceptar, don Luis de Haro ignoraba que iba a ser testigo de una muerte a traición.

Es la noche del 21 de agosto de 1622.

Don Juan está triste, aunque no sabe él explicarse por qué. Para disipar su angustia, habla con su compañero, mientras el coche avanza, de cosas de gusto y diversión, de caballos, música y poesía.

—La poesía me tiene perdidamente tentado —dice don Juan de Tassis a su joven acompañante—. Por mi mal, es seguro.

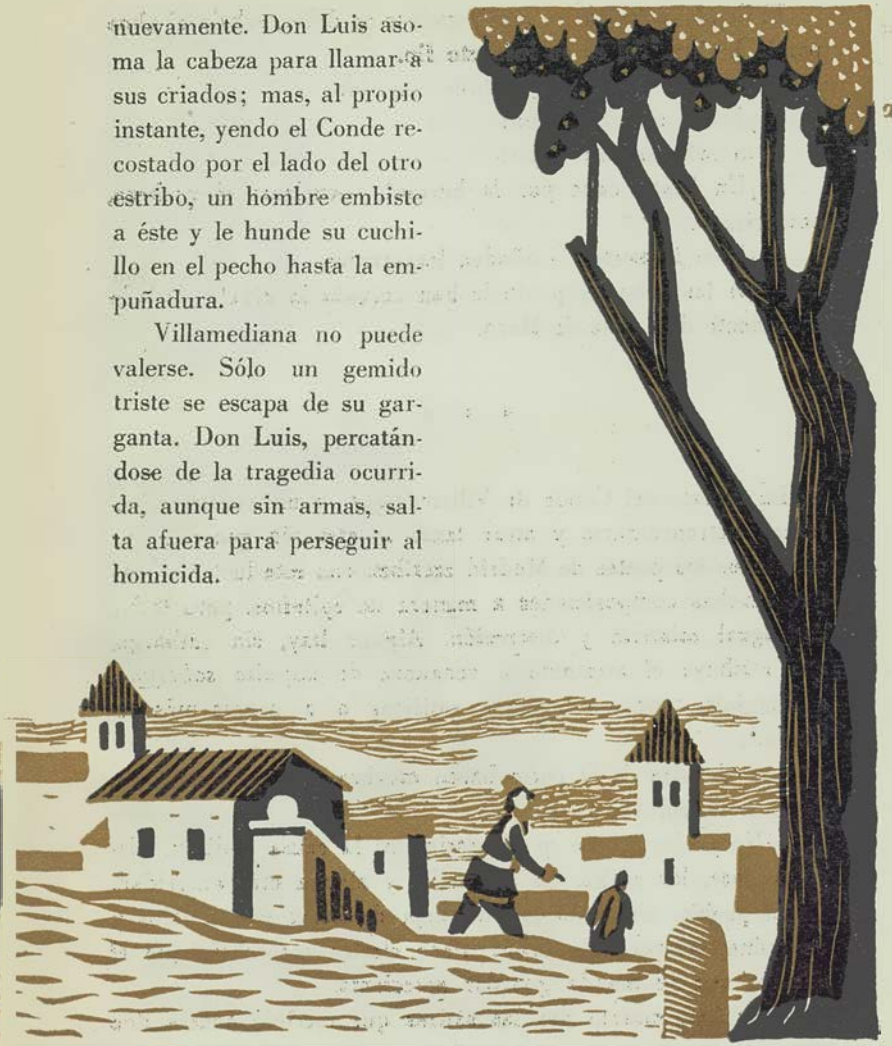
Así llegan a la puerta de Guadalajara, junto a los soportales de la Plaza Mayor. Don Luis quiere apearse para tomar otro derrotero. El Conde le ruega que no le deje solo.

—Seguid conmigo.

El hijo del Marqués del Carpio accede. Anda el coche nue-

nuevamente. Don Luis asoma la cabeza para llamar a sus criados; mas, al propio instante, yendo el Conde recostado por el lado del otro estribo, un hombre embiste a éste y le hunde su cuchillo en el pecho hasta la empuñadura.

Villamediana no puede valerse. Sólo un gemido triste se escapa de su garganta. Don Luis, percatándose de la tragedia ocurrida, aunque sin armas, salta afuera para perseguir al homicida.



El Conde, entre tanto, revolviéndose de dolor, exhala el alma por la herida. Tal es su infausto fin.

Sus únicas postreras palabras han sido:

—¡Jesús, esto es hecho!

E inmediatamente expiró.

—¡Un brazo cabe por la herida! —exclama el cochero, horrorizado.

—¡Dios le asista! —añaden los criados.

—¡A las ocho en punto le han cortado la vida! —añade tristemente don Luis de Haro.

* * *

La muerte del Conde de Villamediana es un acontecimiento tan extraordinario y atrae tanto la atención general, que casi todos los poetas de Madrid escriben con este luctuoso motivo muchas composiciones a manera de epitafios, pero todos con igual misterio y discreción. Alguno hay, sin embargo, que atribuye el asesinato a venganza de *impulso soberano*, a represalia por sus poesías satíricas o a causas más recónditas.

Los alcaldes de la corte hacen muchas averiguaciones, sin llegar a descubrir al matador.

—No se ha sabido ni el asesino ni la causa —dicen, disculpándose, los ediles, los alguaciles y alguna otra autoridad.

El pueblo, sin embargo, no deja de hacer comentarios y de opinar acerca del hecho: tiene ciertas sospechas, que el silencio que se manda guardar acrecienta.

—Le han muerto por las sátiras que escribió contra don

Gaspar, el Conde-Duque —opina un panadero.

—Acaso haya sido por las demostraciones de frenético amor que ejecutó por la Reina nuestra señora —asevera otro.

—Pues a mí me han asegurado que el primer ministro ha nombrado al asesino Guarda Mayor de los Reales bosques, y que se llama Ignacio Méndez, natural de Illescas —tercia un batihoja.

En un corrillo de soldados, un cabo afirma:

—Yo sé de buena tinta que el matador ha sido Alonso Mateo, ballestero del Rey.

Sin embargo, más elocuentes que todas estas aseveraciones, un tanto gratuitas, son las redondillas encontradas en los bolsillos del Conde la

Cap. XII

Cesen mis ansias ya desengañadas.

noche de su muerte, demostrando las graves melancolías que agitaban su espíritu:

Mi verdad desnuda
os pone delante
un morir constante
y una razón muda.

Estos versos dicen más que el arroyo de toda su sangre, que el reguero de ella hasta su casa, donde toda la corte ha concurrido para ver la herida. Unos se han manifestado atónitos; otros, sospechosos.

Al siguiente día depositan el féretro en San Felipe el Real, y de aquí es conducido a Valladolid y sepultado en la bóveda de la capilla mayor del Convento de San Agustín, patronato de la casa de nuestro Conde.

* * *

Matar y morir es toda la actividad de los seres, que se devoran unos a otros para darse entre sí la sensación terrible de que existen. Sí, vivir, para casi todos los humanos, es matar y morir. Los seres se devoran unos a otros para que todos sientan a la vez la vida. ¿Se entredevoran por amor, entonces?

Pero hay vivos que están muertos, como hay muertos que están vivos. Tal cosa última le ocurre a nuestro Villamediana. Nuestro Correo Mayor está vivo y lo estará siempre, hasta la Eternidad. Aun su cuerpo mismo parece haber querido alcanzar una vida inmortal; muchos años después de su muerte física se halló incorrupto su cadáver, lo cual se atribuyó a la sangre derramada por la ancha herida que le había causado su asesino.

Sí, don Juan de Tassis está vivo, anda y respira, injiere cielo azul y lo restituye en palabras de amor. No se pudre como

el agua en las charcas estáticas. Villamediana es sólo vida. Su existencia la quemó toda en unos versos eternos. Ardió hasta calentar la tierra, vivificándonos a nosotros, que andamos medio muertos en esta época. Su muerte le libertó de su saña e iracundia, hasta de su propio amor altísimo. Hoy, él es un vuelo sin alas, íntima luz inefable.

Más allá del Invierno está la Primavera. En ésta no muere el sol ni la alegría. ¿Qué es ser alma, sino arder?

Villamediana es un alma que arde eternamente. Silencio.

La Reina de las Españas Doña Isabel de Borbón, delicada y joven, cuando supo la muerte alevosa del Conde de Villamediana, lloró silenciosamente, sin pronunciar un nombre ni repetir un verso. ¿Para qué? Ya era innecesario decir:

—¡Mi pobre y desgraciado Conde! ¡Desventurado amante mío!

Le era más dulce pensar que el Correo Mayor había desaparecido en secreto, que era sólo un espíritu invisible, un caudal de poesía.

Y no se equivocaba.

El Conde de Villamediana es sólo un llamamiento de amor angustiado a través de los siglos, la expresión sincera de un alma incandescente.

ÍNDICE

		Páginas
Capítulo	I.—El linaje de los Tassis	9
—	II.—Nacimiento	15
—	III.—Crianza y educación	21
—	IV.—¿Amor?	29
—	V.—La esposa	33
—	VI.—Heredamiento	39
—	VII.—Italia	47
—	VIII.—Regreso a España	55
—	IX.—En el destierro	63
—	X.—El amor verdadero. Fiesta en Aranjuez...	71
—	XI.—Amar es fuerza, y esperar, locura	81
—	XII.—Cesen mis ansias, ya desengañadas	91

CEPLI
UCLM

LECTURAS JUVENILES

ELENA FORTUN:

Celia: Lo que dice.
Celia en el colegio.
Celia, novelista.
Celia en el mundo.
Celia y sus amigos.
Celia, madrecita.
Celia, institutriz.
Cuchifritín, hermano de Celia.
Cuchifritín y sus primos.
Cuchifritín y Paquito.
Cuchifritín en casa de su abuelo.
Matonkikí y sus hermanas.
Las travesuras de Matonkikí.
El bazar de todas las cosas.
Teatro infantil.

MATILDE RAS:

Charito y sus hermanas.

CADA VOLUMEN, **10 ptas.**

CONDESA DE SEGUR:

Nuevos cuentos de hadas.
Después de la lluvia, el sol.
Las desgracias de Sofía.
Las niñas modelo.
En vacaciones.
Memorias de un burro.
Pobrecito Blas.
¡Qué encanto de chiquilla!
Etc., etc.

JOSEFINA DE LA MAZA:

Cuentos de la mamá, para niñas.
Cuentos de la mamá, para niños.

CADA VOLUMEN, **8 ptas.**

CONCHA DE SALAMANCA:

HISTORIAS Y LEYENDAS ESPAÑOLAS

Nuestro pasado lírico y legendario, narrado en forma sugestiva a la juventud.

Los siete infantes de Lara.
Abindarráez y Jarifa.
El doncel del mar.
Reina después de muerta (Doña Inés de Castro).
El Caballero de Olmedo.
Doña Juana la Loca.
El correo mayor (Vida y muerte del conde de Villamediana).
Abén Humeya.

HISTORIAS Y LEYENDAS DE ULTRAMAR

Complemento de las Historias y Leyendas Españolas.

El Anahuac, conquistado.
El Purén indómito.
El inca Garcilaso.
La desolada Patagonia.
Sor Juana Inés de la Cruz.

CADA VOLUMEN, **6 ptas.**

ANDERSEN, GRIMM, PERRAULT
LAS MIL Y UNA NOCHES.

Mi libro azul de cuentos.

Nueva versión, por Matilde Ras, de los mejores cuentos clásicos para niños. A dos colores.

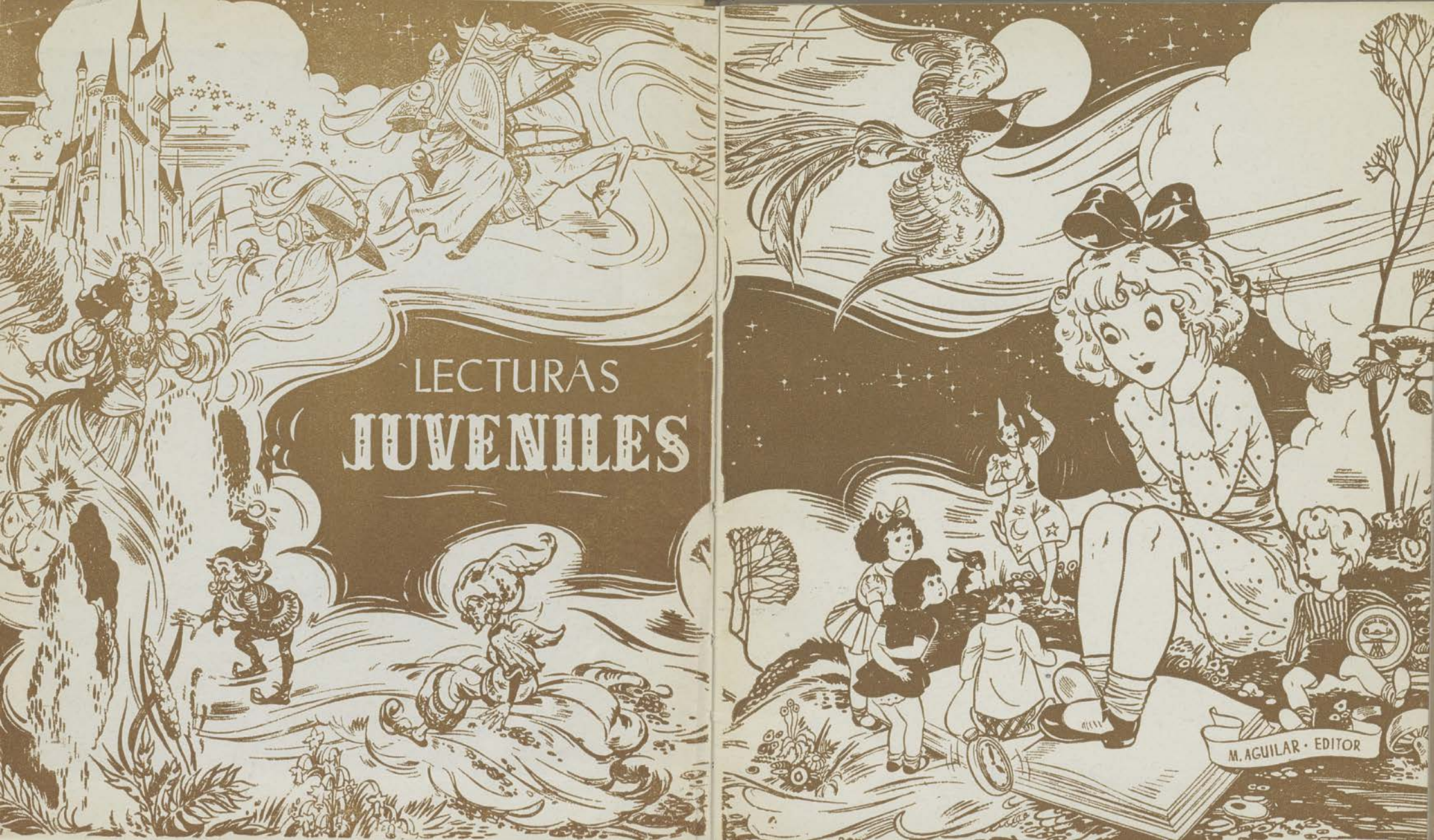
Mi libro rosa de cuentos.

Nueva versión, por Matilde Ras, de los mejores cuentos clásicos para niñas. A dos colores.

Cuentos para ti y para mí.

Nueva versión, por Matilde Ras, de los mejores cuentos clásicos para niños y niñas. A dos colores.

CADA VOLUMEN, **8 ptas.**


LECTURAS
JUVENILES
M. AGUILAR · EDITOR

Precio 12 Pts